

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

trampa para un muerto

curtis garland



COLECCION

PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

TRAMPA PARA UN MUERTO

Colección PUNTO ROJO n.º 461

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

Depósito Legal B 47.974-1970
Impreso en España - Printed in Spain

2.^a edición: febrero, 1971

© CURTIS GARLAND - 1971
sobre la parte literaria

© TRIAY - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

734. — La muerte elige.

En Colección PUNTO ROJO:

62. — Póquer de muerte.

PRÓLOGO

Contemplé los comprimidos. No pude evitar un estremecimiento.

Eran cinco. Exactamente cinco. Todos ellos redondos, color naranja, casi agradables. Pasarían suavemente, con cualquier líquido. Eran fáciles de ingerir sin masticar. Muy fácil todo. El doctor Turnball ya había dicho algo acerca de eso, justamente cuando me hizo entrega del pequeño tubo plástico, con los cinco comprimidos:

—Bastará una infusión cualquiera. O agua, simplemente. No provocan efectos secundarios de ningún tipo.

Ante mi expresión de incertidumbre, quizá incluso de aprensión, había reído entre dientes, añadiendo, lleno de confianza y seguridad:

—No se preocupe por nada, Garfield. Todo está calculado, previsto. No habrá errores ni fallos. Recuerde que debe comenzar su dosis con dos comprimidos. A las seis horas, tome otros dos. Y uno, tres horas más tarde, aunque este último no es necesario. Pero conviene preverlo todo. Ingiera los cinco comprimidos. Ni uno menos. Lo demás, no debe preocuparle.

Una amarga sensación de ironía me invadió al pensar en todo eso. Lo demás, no debía preocuparme. Era gracioso. Hubiera sido gracioso en otras circunstancias, mejor dicho. En estos momentos, a mí no me lo parecía en absoluto.

Volví a mirar los cinco comprimidos. Eran como una aspirina, un calmante o una tableta de vitaminas. Pequeños como lentejas, redondeados, color naranja intenso. Parecían inofensivos, vulgares.

Lo parecían. No eran inofensivos. No eran vulgares.

Respiré con fuerza. Me aparté de la mesa. Enjuagué el sudor de mi frente, y contemplé el panorama desde la puerta-balcón del gabinete.

No hacía calor, pero mi piel transpiraba algo húmedo, frío y pegajoso. Allá afuera, la noche era fresca y amable. Las luces del jardín lucían suavemente, de trecho en trecho, arrancando reflejos de las palmas y de los setos bien cortados. Más allá, en el exterior, al otro lado de las verjas, la ciudad en la distancia era como un hacinamiento de luces salpicando las colinas cercanas. Burbank, Hollywood, Santa Mónica, Pasadena. Y al fondo, como una enorme laguna de luz y color, Los Ángeles. El centro urbano, desparramado en la noche, igual que un gigante hecho de claridad y de bullicio.

Volví despacio hacia la mesa. Contemplé el té caliente, humeando en su taza de porcelana china, vieja artesanía de Hong Kong o Macao, fácil de adquirir en Chinatown o en las tiendas típicas de San Francisco.

Extendí la mano. Tomé dos de las píldoras naranja. Las oprimí entre mis dedos, con un cierto nerviosismo. Dudé. Sí, dudé una vez más. La última.

Luego, hice lo que debía hacer. Lo que, de cualquier modo, estaba obligado a hacer.

Eché las tabletas en mi boca. Tomé un sorbo largo de té. Fue suficiente. Pasaron las dos píldoras con suma facilidad. Las sentí descender por mi garganta, mezcladas con la infusión caliente y aromática. Me estremecí.

Ya estaba hecho. No podía volverme atrás. Ya no había más que un camino; seguir adelante. Hacia el fin.

El fin...

Me resultó desagradable pensar precisamente en esa palabra. Era demasiado significativa para mí. En circunstancias normales, me hubiese reído. Ahora, nada era normal. No sentí el menor deseo de reír, la verdad.

Recogí las otras tres tabletas. Las reintegré a su recipiente pequeño, de plástico, que taponé herméticamente. Lo metí en el bolsillo. Consulté mi reloj de pulsera.

Las nueve y media. Eran solamente las nueve y media de la noche del viernes. Empezaba justamente ahora mi fin de semana. El fin... Otra vez la misma palabra, cruzándose diabólica, estúpidamente también, en el curso de mis pensamientos.

Las nueve y media... A las tres y media de la madrugada sería la segunda dosis. Otras dos píldoras. Y la última, a las seis y media de esa misma mañana.

Entonces estaría todo hecho. Todo.

A las nueve o las diez de la mañana del sábado habría terminado.

A esa hora, yo estaría muerto.

* * *

—Muerto... ¡Muerto!

—Sí, Donna. Muerto. Estaré muerto a las diez, lo más tarde.

—Pero... pero, Lee, eso... ¡eso no es posible! —jadeó ella, muy pálida, contemplándome con ojos dilatados, que brillaban al recibir la luz de la lámpara del gabinete—. Supongo que todo será una broma... o uno de esos juegos absurdos que se les ocurren a tus jefes, ¿no es cierto?

Moví la cabeza rotundamente, en sentido lateral.

—No, no es cierto. Esta vez es algo diferente. Voy a morir, Donna. El médico, nuestro propio médico de cabecera, el doctor McDuff, firmará el certificado de defunción de Lee Garfield, no te quepa la menor duda.

—Es ridículo. No puedo admitirlo. Lee, por Dios, deja de decir esas horribles cosas que no entiendo...

—Debes hacerte a la idea, Donna. No hay otra posibilidad. A las diez de la mañana será ya demasiado tarde. Entonces no podremos discutir el

asunto, porque yo estaré muerto.

—Lee, todas esas cosas tuyas tienen un truco. ¿Dónde está el truco esta vez?

—Me temo que en ninguna parte. Al menos, que yo sepa —suspiré, inclinando la cabeza. Sabía que me estaba contemplando. Que no me creía. Que pensaba si yo estaba loco, bromeaba... o me traía entre manos alguno de aquellos juegos enloquecedores, a los que ella no había logrado habituarse, pese al tiempo que llevábamos casados. Lo sabía, pero fingí no advertirlo, hice como que ignoraba su perplejidad, su confusa, aturdida manera de estudiarme, preguntándose dónde estaba el posible chiste de aquella cosa tan poco graciosa que yo le decía.

Hubiera querido ayudarla, sacarla de dudas, pero lamentaba no estar en condiciones de hacerlo así. Si alguien estaba aún en la sombra por completo, respecto a muchas cosas, relacionadas además con mi propia muerte, ese alguien era yo.

Estaba tratando de ser sincero solamente. De revelar aquello que estaba obligado a revelar a la única persona inmediata, querida, íntima, capaz de saber lo que se estaba incubando. Esa única persona, naturalmente, era mi esposa, Donna Garfield, esposa de Lee Garfield. Esposa de un hombre que iba a morir. Futura viuda de Lee Garfield, para ser más exactos.

Donna me contempló confusa durante un largo espacio de tiempo en el que ninguno pronunciamos una sola palabra. Ella sabía que yo tenía un envidiable sentido del humor. Pero ahora no advertía en mí signo alguno de humorismo, ni intención de causarle hilaridad alguna. Estaba empezando a pensar que yo hablaba en serio. En serio. Y se sentía aturdida.

Era lógico. No podía reprochárselo. Yo, menos que nadie.

—Donna, quiero que me digas algo —rompí por fin el silencio, algo incómodo.

Siguió estudiándome, perpleja, desorientada. Tuvo el buen rasgo de humor de esbozar una sonrisa. Aquella sonrisa acostumbraba a sentar muy bien a sus labios bien dibujados, gordezuelos y frescos. Pero esta vez fue una excepción. Parecía tan postizo su gesto, como aplicado sobre una carátula.

—¿Qué puedo decirte? —murmuró al fin.

—No sé —sacudí la cabeza, desasosegado—. Siempre hay algo que decir, ¿no?

—No. No siempre —me rectificó, suave.

Respiré hondo. Posiblemente tenía razón. Pero debía de hablarme. Y yo a ella. Lo estaba necesitando Donna. Lo estaba necesitando yo. Lo precisábamos ambos.

—De todos modos, algo se te ocurrirá —insistí.

—Se me ocurren tantas cosas —elevó ligeramente los hombros, y su mirada vagó, sardónica, por la habitación confortable, moderna, funcional y aséptica, de nuestra residencia de los fines de semana, en la falda misma de Pasadena. Más allá de la amplia y acristalada puerta-balcón asomada al jardín de azaleas y geranios, con setos bien recortados, las luces de Glendale, Burbank y Hollywood, formaban festones de colores en las colinas.

—Pues no dices ninguna —me quejé.

—Una cosa es que se me ocurran, Lee. Otra muy diferente que llegue a tener el valor de decirlas.

Hubo otra pausa molesta. Me froté las sienes, por el simple afán de hacer algo. No me dolía la cabeza. No me dolía nada. Ya lo había dicho el doctor Turnball, cuando me dio las pastillas:

—No advertirá nada secundario; ningún efecto. Ni una molestia, ni un dolor. Solamente una leve somnolencia a las pocas horas de la primera toma, que será más intensa cuando haya efectuado la segunda. Luego, dormirá profundamente. Para no despertar, Garfield.

Parecía estar leyéndome el pensamiento. Posiblemente lo hiciera. Donna era muy inteligente. Y, además, muy perspicaz.

—Sigo esperando que digas algo —suspiré.

—Soy yo quien espera que hables tú, Lee. Acabas de decirme que vas a morir.

—Sí.

—Que estarás muerto... sobre las diez de mañana, sábado.

—Eso es.

—Y lo dices así, tan tranquilo. Como quien no quiere la cosa. Estás hablando de tu muerte como si de jugar un partido de tenis o de golf se tratara.

—Hay cosas que conviene exponer lo más llanamente posible. Sin rodeos.

—Estás sano. Tu último chequeo dio excelentes resultados, Lee. Tu salud es de lo más fuerte que he visto. Pero, en cambio... vas a morir.

—Sí. Voy a morir.

—¿Por qué, Lee? ¿De qué modo sucederá eso?

—Repentinamente. Será como un ataque cardíaco. Un colapso.

—Ya. Será como un colapso. Pero, naturalmente, no será un colapso.

—No. No lo será.

—De modo que es una estratagema de tus jefes, en realidad.

Miré a todas partes. Mi casa carecía de micrófonos o de sistemas ocultos que pudieran captar una conversación nuestra. Para eso estaba el detector magnético instalado por mis jefes al efecto. De existir cualquier intrusión técnica, la acusaba inmediatamente. En profesiones como la mía, todas las prevenciones son pocas.

—Bueno, ya imaginarás que no voy a morir, así de repente. Se trata de que lo parezca, por supuesto.

—Por supuesto —musitó ella, cansada—. Debí imaginarlo.

—Pero es diferente a cuanto puedas suponer. No será una droga que me haga parecer muerto, o cosa parecida. Se trata, efectivamente, de una muerte real.

Donna entornó los ojos. Sus cejas se enarcaron vivamente.

—Eso es un disparate —musitó—. Una locura.

—Es lo que tiene que hacerse, y se hará. No hay evasión posible. No puedo prestarme a un juego necio, de un sopor imitando la muerte, porque eso se descubriría enseguida. No, Donna; es preciso, absolutamente preciso, morir de verdad.

—Lee, a lo que no puedes prestarte es a eso. Nadie muere así, voluntariamente, por un motivo profesional.

—Donna, ocurre algo que necesitas saber. Y que sabrás a su debido tiempo. Pero ahora, mientras espero que llegue la hora de morir, te diré tan solo aquello que estoy autorizado a decir. Ni una palabra más, ni una palabra menos. Es preciso hacerlo así.

—Bien —se impacientó ella—. Te escucho.

—Cuando yo... yo esté muerto —me costaba decir esto de ese modo—, el doctor McDuff va a certificar mi muerte como un colapso perfectamente natural. No encontrará nada que le haga dudar de tal diagnóstico. Clínicamente, estaré muerto. Y cualquier médico firmaría la defunción alegando las mismas causas.

—Pero, realmente, no habrás muerto.

—No aún —sonreí, pensativo, con macabro humor—, pero podría morir si algo saliera mal.

—¿Por ejemplo...?

—Lo que debe hacerse conmigo después de morir.

—Una vez vi una situación parecida. Sí, ya recuerdo —me miró, sarcástica—; *Romeo y Julieta*. Último acto. El veneno aparente, la muerte de Julieta... Y Romeo que, por error, cree que todo es cierto y se mata, para que luego Julieta se mata a su vez. Pero esta vez de verdad.

—Shakespeare complicaba demasiado las cosas —reí, irónico, sintiendo cierta inquietud interior—. Aquí, todo ha de suceder de modo diferente, Donna. El doctor Turnball y tú os ocuparéis de todo, una vez haya muerto yo.

—Espero que sepamos hacerlo bien, Lee.

—Claro que lo haréis bien. Mis jefes no olvidan un solo detalle. Pero, para todo el mundo, Lee Garfield estará muerto. Y de eso, no habrá duda alguna.

—Sí, pero ¿por qué?

La miré, gravemente pensativo. Lo que le dije, desde luego, no era

ninguna broma. Y, además, era la pura verdad:

—Donna... si no muriese de este modo mañana sábado a las diez de la mañana... de cualquier otra forma moriría este fin de semana. Pero, en ese caso, sin posible resurrección.

—Morirías... ¿por qué? —se agitó ella.

—Porque alguien ha resuelto asesinar me —dije fríamente—. Y lo hará.

* * *

La tercera toma fue a las seis y media de la mañana.

Para entonces, ya sentía un profundo sopor, que se agudizó tras la última dosis de tabletas.

Me dormí profundamente.

Y no desperté.

Minutos antes de las diez de la mañana de un sábado nuboso, húmedo y desapacible, amenazando llovizna en la costa de California, yo, Lee Garfield, estaba muerto.

A las once menos veinte minutos, el doctor McDuff, médico de cabecera nuestro, había certificado la muerte de Lee Garfield. Causada por un colapso.

CAPÍTULO PRIMERO

—Colapso cardíaco, sí —afirmó enfáticamente el doctor McDuff—. Señora Garfield, reciba la expresión de mi más sentida condolencia. Es un amargo trance para usted...

—Gracias, doctor —ella enjugó las lágrimas que se agolpaban a sus ojos, y contempló una vez más el cuerpo rígido y de cérea piel de Lee Garfield, su esposo. Añadió, patética—: No podía esperar esto de un hombre fuerte como él...

—El mal de nuestra época, señora, está precisamente en los hombres fuertes; el corazón soporta demasiados embates. Y un día, falla inevitablemente. Todos trabajamos excesivamente, estamos sometidos a una tensión constante... Garfield no era una excepción, no podía serlo en nuestro agitado mundo actual... Creo que su trabajo era para un departamento del Gobierno, ¿no es cierto?

—Sí —afirmó ella, evasiva—. Estadística, impuestos y cosas así.

—Entiendo. De cualquier modo, señora Garfield, era un hombre joven y físicamente fuerte. Comprendo su sorpresa, unida al dolor del trance...

El doctor McDuff se inclinó, ceremonioso, retirándose y dejando a la viuda Garfield junto a su esposo sin vida. Ella enjugó las lágrimas, que no parecían fingidas. De cualquier modo que aquello sucediera, la muerte era tan auténtica en apariencia que cabía en lo posible que ella albergase sus dudas, sus temores, sus congojas ante la presencia de un hombre en quien no podía adivinarse ni de lejos el menor signo de vida.

Apenas corrió por Glendale la noticia del óbito, muchas visitas habían acudido a casa de los Garfield. Vecinos, en su mayoría. Importantes vecinos, por cierto, como el comentarista de la televisión Kirk Bowman, el actor de cine y telefilmes Sidney Stark, la bella modelo y *cover girl* Wanda Moore, posiblemente la más curvilínea pelirroja de toda la zona de Los Ángeles. Y eso, en un lugar lleno de *starlettes* huérfanas de talento, pero generosa en encantos físicos y en adornos de la madre Naturaleza, ya era algo.

Donna no le puso muy buena cara a Wanda, aunque ella acudiera allí simplemente como vecina de uno de los lujosos *bungalows* de la zona residencial. En verdad, con aquella minifalda gris humo, la blusa negra mal abotonada sobre los senos opulentos, y el sombrerito también gris, con un velo blanco suave, cayendo en cascada sobre el rostro, más los zapatos de altísimos tacones, la figura de Wanda era un mareante océano de curvas en movimiento, y formaba la estampa de una perfecta viudita de revista

musical.

—Es un golpe terrible —murmuró la modelo, derramando sus bien estudiadas lágrimas ante el cuerpo sin vida de Lee Garfield—. Terrible, señora...

—Sí, lo es —replicó Donna, secamente—. Pero soy yo quien enviudó, no usted.

—Oh, ¿lo dice por el modelito? —sonrió angelicalmente aquella viviente sinfonía de ondulaciones voluptuosas—. Está estudiado para unos *spots* publicitarios en los que, ciertamente, represento el papel de una joven y alegre viuda... Estaba probándomelo cuando supe lo de Lee... lo de su esposo, y...

—Ya —Donna estudió glacial a la modelo—. Es una bendita casualidad, ciertamente. Ya sé que es nuestra vecina, que Lee la llevó un día en su coche hasta los estudios...

—... Y yo a él le traje a casa cierta noche que llovía torrencialmente, y su esposo sufrió una avería en su coche —le recordó frívola y llena de aparente ingenuidad la vecina, sentándose junto al lugar donde reposaba el cadáver de Lee, y cruzándose de piernas, de un modo que hubiera despertado la admiración de cualquier hombre, de haberlo habido en la estancia en ese momento. Solo Lee se hallaba allí, y la droga era lo bastante fuerte en sus efectos como para no despertarle violentamente ante aquella exhibición de bellas extremidades femeninas.

Donna dominó su evidente ira con una cortesía helada y tensa, que estalló en una imprecación en voz baja, cuando la hermosa pelirroja de las formas agresivas abandonó el edificio, fingiendo un patético dolor que, allá en la alameda, un fotógrafo de su organización publicitaria se encargó de plasmar en rápidas instantáneas.

Donna sacudió la cabeza, mirando fijamente el cuerpo inmóvil de Lee.

—Tienes unas amistades muy atractivas, ¿eh, cariño? —y rectificó, sarcástica—: Oh, perdón... Tenías, mi amado Lee.

En ese momento, a sus espaldas, sonó una voz grave, de hombre:

—¿Podemos entrar a presentarle nuestra sencilla condolencia, señora Garfield?

Ella se volvió. Vio a dos caballeros erguidos, serios, solemnes, en el umbral de acceso a la casa, abierta a cualquier visitante. Ambos eran de mediana edad, aspecto sobrio, ropas oscuras y bien cortadas. Uno, el que hablara, más alto que el otro, y con el cabello más canoso y abundante.

—Sí, por favor —rogó ella—. Pueden entrar, caballeros... ¿Conocían a mi difunto esposo tal vez?

—Le conocíamos muy bien —dijo tristemente el más alto—. Yo soy Melvin Pyle, jefe de Lee Garfield. Me acompaña el doctor Gordon Turnball. Oficina Federal, ¿comprende, señora?

Ella les contempló, sorprendida. Afirmó luego, despacio, inclinando su

cabeza:

—Sí, comprendo —murmuró.

* * *

Se cerró la puerta suavemente. Giró la llave. Corrióse el pestillo sin ruido, bien engrasado y ligero.

Las cuatro personas se quedaron solas en la habitación. Encerradas en la semipenumbra impresionante del lugar. Se contemplaron entre sí tres de ellas, las únicas vivas. Al menos, en apariencia. El cuarto personaje estaba inerte, rígido. Muerto.

Ante Lee Garfield, reducido a la frígida inmovilidad de aquella perfecta muerte aparente, el doctor Gordon Turnball, el hombre llamado Melvin Pyle, y la serena, grave y majestuosa belleza de la señora Garfield, formaron una especie de reducido y tenso cóncave lleno de intimidad, de mutuo entendimiento.

—Bien, doctor —habló Pyle, pensativo—. ¿Todo va bien?

—Aparentemente, sí —sonrió Turnball—. No tiene por qué ir mal. ¿Siguió su esposo las instrucciones?

—Al pie de la letra —asintió ella—. Dos comprimidos naranja a las nueve y media. Dos más a las tres y media. El último a las seis y media... Y a las diez, se produjo el óbito. Bueno, quiero decir el apar...

—No siga —cortó Turnball—. Sé lo que quiere decir. Es suficiente lo que dijo. Garfield siempre fue un buen agente, un eficaz colaborador, disciplinado e inteligente.

—¿Fue? —ella le miró, sobresaltada.

—Perdone que hable de él en pasado —señaló al supuesto cadáver—. Es mejor así, señora. Hay que habituarse a ello. Alguna vez ha de ser la primera en hablar de él como si no existiera.

—Sí, entiendo —musitó ella, estremecida—. Alguna vez había de ser...

—¿Qué le ocurre, señora? —terció suavemente Pyle—. Imagino que él le contaría todo...

—Me lo contó, en efecto. Aun así, deben disculparme que esté... impresionada. Es como si todo esto fuese cierto. Parece real, ¿entienden?

—Claro que lo entendemos —musitó Pyle, estudiando el rostro céreo, tirante, inmóvil y sereno del cuerpo tendido en el féretro—. Es muy dura la prueba que ha de pasar usted, señora. Pero confiamos en que la logre rebasar sin derrumbarse. Es fuerte, tiene temple y posee un cerebro claro y sereno.

—¿Cómo saben todo eso de mí? —sonrió ella tristemente.

—Su esposo nos lo dijo antes de arrostrar este trance —terció Turnball—. Además, un grafólogo leyó su carácter de letra, estudiamos su modo de ser, de comportarse...

—¿Era necesario todo eso? —Donna pareció ligeramente irritada—. Era Lee su agente, no yo, señores.

—La esposa de un agente nuestro es a veces tan importante como él mismo. Debíamos estar seguros de que no nos fallaría, llegada esta dura experiencia.

—¿Y lo están?

—No del todo —rio Pyle forzadamente, dando vueltas a su sombrero gris oscuro, entre las manos enguantadas—. No del todo, señora. Nosotros nunca estamos seguros de nada. Usted, naturalmente, sabrá la verdad sobre el trabajo de su esposo. Sabrá que eso de la Estadística y los Impuestos Especiales...

—Lo sé —atajó ella, breve y concisa—. Él estaba autorizado a sincerarse conmigo, ¿no?

—Por supuesto, señora —concedió graciosamente Melvin Pyle; y se inclinó, cortés—. Así, sabrá ya la verdad. Sabrá que, de no mediar el producto químico del doctor Turnball... su esposo estaría muerto ahora. Muerto verdaderamente, quiero decir.

—Lo sé.

—Y sabrá que sería... un asesinato.

—Algo me dijo, pero no mucho. Según él... alguien había decidido matarlo. Y estaba seguro de que lo harían.

—También lo estamos nosotros, señora. Siempre estuvimos convencidos de que, de no hacerle morir oficialmente, la vida de Lee Garfield no valía un centavo.

—Pero... ¿por qué?

—Eso debió decírselo él, señora.

—No lo hizo. No quiso hablar de ello. Pero parecía preocupado, inquieto. Como si temiera que ese alguien pudiera anticiparse, incluso, a los planes previstos para una falsa muerte por ataques cardíacos.

—Así es. Podían anticiparse. Era preciso evitarlo. Casi a la desesperada.

—No puedo entenderlos. Ni a ustedes ni a Lee... Es algo que carece de sentido por completo. No puedo imaginarme a un organismo como el suyo incapacitado para evitar que un hombre muera y que ese hombre sea, precisamente, un agente especial de uno de sus departamentos de actividades internacionales secretas...

—Hay muchos modos de intentar evitar la muerte de un hombre, señora Garfield —habló pacientemente Pyle, con un suspiro, apoyándose en el muro de la cámara ardiente para Lee Garfield, y extrayendo una pitillera de plata, de la que ofreció a la «viuda» un cigarrillo emboquillado, que ella rechazó. Tampoco quiso fumar Turnball, pero sí el propio Pyle, que encendió su cigarrillo calmamente, antes de guardar encendedor y pitillera. Luego, contemplando a la señora Garfield, expuso con serenidad —: Y fíjese que dije intentar evitar, que no es lo mismo que evitarlo. Se

puede cerrar en torno a un hombre un cerco de vigilancia, de control, de protección policial. Pero eso no se mantiene indefinidamente, durante semanas, meses, acaso años. Un día, el cerco se abre o se afloja. Y entonces penetra el asesino. Es un trabajo arduo, difícil y... erróneo.

—Aceptemos todo eso —convino la «viuda» de Lee Garfield—. ¿Qué tiene que ver con mi marido? ¿Quién podía odiarle hasta el extremo de esperar pacientemente a un fallo, a un error, para asesinarle súbitamente?

—Un agente especial tiene siempre enemigos ocultos. Gente que él mismo ignora que desee acabar con su vida, pero que existe, más o menos cerca de su persona, sin dejar adivinar sus intenciones reales. Estamos tratando de evitar que eso suceda con él.

—Tendrían un motivo, un fundamento serio para imaginar que ese peligro se cernía sobre Lee...

—Lo tenemos. Hay un hombre que ha ordenado su ejecución.

—¿Un hombre? ¿Quién?

—Se le conoce por el nombre curioso de Napoleón Morningstar.

—Napoleón Morningstar... Sí, resulta curioso —ella frunció el ceño, perpleja—. ¿Qué clase de persona es él?

—La más rara, inquietante y peligrosa del mundo. Un asesino nato. Un monstruo del crimen. Nació para matar. Goza con ello. Posiblemente no se llame ni Napoleón ni Morningstar. Pero así se hace llamar. Es un sibarita del asesinato. Capaz de alargar sus tentáculos a cualquier sitio, por lejano e inaccesible que sea.

—Pero tendrá un motivo para desear la muerte de Lee...

—Lo tiene. Él siempre tiene motivos para hacer algo. No es un loco, aunque lo parezca. Posee una mente fría y lúcida, que trabaja activa y silenciosamente, especializada en matar, en destruir.

—¿Por placer? —se estremeció Donna Garfield.

—Yo diría que sí —terció el doctor Turnbull, reflexivo—. Es un paranoico, no cabe duda. Pero su excentricidad es coherente. No comete errores ni hace tonterías. Sencillamente, es una extraña mezcla de visionario, egoísta, cruel y engreído. Estrafalario, perverso y sumamente ambicioso y calculador.

—Temible personaje Napoleón Morningstar, en ese caso... —dijo ella, inquieta—. Pero siguen sin revelarme por qué se relaciona con Lee... y por qué desea su muerte.

—Bueno, quizá no la desee de un modo estrictamente personal. No tiene nada contra su marido, como ciudadano independiente. Pero sí como miembro de algo.

—¿Algo?

—Se le llama de muchos modos —se encogió de hombros Pyle—. Hermandad, sociedad, secta, asociación...

—¿La Mafia? —trató de concretar, incisiva, Donna Garfield.

—La Mafia es algo nacional. Una defensa de los alienados dentro de nuestra aséptica sociedad americana —rio entre dientes Turnball, sacudiendo la cabeza—. No, no es eso, señora. Si acaso... sería una Supermafia.

—No lo entiendo...

—Una Macromafia a escala internacional —trató de aclarar Pyle, benévolo, paseando por la cámara ardiente, en torno al «cadáver» de Lee Garfield—. Esto es, una sociedad o sindicato del crimen a nivel supranacional. De país a país, de continente a continente... o de ideología a ideología, ¿entiende?

—¿Algo comunista o antiamericano, en ese caso?

—Es un modo ingenuo y algo trasnochado de decirlo —rio Pyle—. Hubiera estado bien en tiempos de Foster Dulles o del senador McCarthy, pero no ahora. No es tan simple como un comunismo o un antiamericanismo a ultranza. No, no resulta tan fácil de describir. Es complejo, oscuro, indefinido. Como todas las cosas que realmente significan un peligro.

—Bien. Napoleón Morningstar forma parte de esa superorganización. ¿Quién dispuso que Lee muriese? ¿Napoleón en persona... o la organización?

—La organización. Napoleón Morningstar es el encargado de hacer cumplir la sentencia. Él elegirá su método, sus ejecutores. Él es, como si dijéramos, el jefe de la sección de ejecución. Cuando ha de matar a alguien, recibe un nombre, unos datos, una fecha. Eso es todo. Morningstar hace el resto. Nunca directamente, claro. Para eso tiene a sus ejecutores.

—Señor Pyle, ¿no se puede arrestar a un hombre así, acusarle de sus crímenes, encarcelarlo o hacerlo ejecutar legalmente? —protestó ella.

—Mi querida señora Garfield, vuelve usted a ser ingenua —rio Pyle, y meneó acto seguido su cabeza, en sentido negativo—. No, no se le puede arrestar. No existe medio legal de hacerlo. Napoleón Morningstar no es solamente un asesino privilegiado, sino un hombre de respetable apariencia, de fortuna personal, de intachable conducta. Quien pretendiera acusarle de algo grave, delictivo, sería víctima de su propio error. Morningstar tiene dinero, posición, prestigio, amistades influyentes... y un ejército de abogados, reclutados entre los mejores y más caros del país. Su yate fondea en Los Ángeles, en Santa Bárbara o en San Diego, en San Francisco, Oakland o las Hawái, y nadie le importuna, porque riega dinero a su paso. Ese es Napoleón Morningstar, el superasesino. ¿Cree ahora, de veras, que él resultaría fácil de cazar, ni siquiera por un organismo federal? Olvídelo, señora. Es una utopía y nada más.

—Bien. Está al margen de toda acción legal. Es uno de esos intocables que abusan de su poder, su fuerza y su dinero. Pero sigo sin entender por qué quería matar a mi marido.

—Muy sencillo, señora. La sociedad ha ordenado que Lee Garfield sea ejecutado. Esa orden de ejecución, según informes llegados a nosotros a través de confidentes y de informadores habituales del hampa, ha sido enviada directamente a Napoleón Morningstar, desde el consejo supremo de la sociedad. Un gran *trust* internacional de asesinos dispuso su muerte. De modo que Lee Garfield debe morir. Y moriría, de no estar muerto ya —concluyó lentamente el alto funcionario del Gobierno, presente en la residencia de los Garfield, mirando al hombre que yacía allí, dentro de un ataúd, como si realmente hubiera dejado de existir a todos los efectos.

—Sí, pero ¿por qué? —insistió ella, agresiva casi.

Melvin Pyle respondió a eso con tono apagado, severo, amargo casi:

—Porque Lee Garfield, señora, estaba designado para la misión de desmembrar y aniquilar a la sociedad. Y si alguien había en el mundo capaz de conseguir eso, ese alguien era justamente su marido. Yo lo sabía. Nuestro departamento lo sabía. Y, desgraciadamente, ellos también lo sabían. Por eso condenaron a muerte, inexorablemente, a Lee Garfield. Por eso nosotros, señora Garfield, dispusimos esta jugarreta, anticipándonos a su acción, y dando una muerte peculiar a nuestro propio agente.

Donna, en silencio, fue hasta el féretro donde había sido acondicionado ya Lee, como si fuese un auténtico muerto, un cadáver con destino al eterno viaje al lugar sin retorno.

—Ahora que está muerto, señor Pyle... —comenzó ella con voz sorda—, ahora que yace ahí, aparentemente sin vida... ¿qué va a suceder?

—Lo programado; Lee Garfield resucitará —dijo el doctor Turnball, solemne—. Porque, en realidad, no está muerto, ni nunca lo estuvo.

—Resucitará... Bien, doctor. Pero... ¿cuándo?

Pyle y Turnball se miraron. Pareció el cambio suyo de miradas algo embarazoso, como si la respuesta que habían de dar a la «viuda», no fuese la más adecuada ni la más justa.

Pero no había otra, y se la dieron rotundamente:

—Hemos de serle absolutamente sinceros, señora —fue Pyle quien habló—. Su esposo deberá ser enterrado mañana, en forma completamente normal. Y después, solamente después, de haber sido inhumado en el cementerio de Los Ángeles... será posible volverle a la vida, conforme el plazo previsto.

* * *

Después de haber sido inhumado...

Donna conservaba aún el gesto de profundo horror, la expresión de infinita angustia y decepción que se pintaran en su rostro el día anterior, cuando Lee Garfield aún estaba ante ella, en el féretro descubierto, sobre un lecho apacible de raso color malva, esperando el viaje final a la eternidad.

Habían transcurrido ya casi cuarenta horas desde ese momento. Y más de doce tras el funeral, al que asistieron muchas personas conocidas de Lee, perfectamente desconocidas para su viuda, que, con el traje gris humo y negro, y el velo de luto sobre el rostro hermético, recibió el testimonio de condolencia, cortés, frío o solemne, de cada uno de los asistentes al fúnebre oficio en el cementerio de Los Ángeles.

Eso había sido aquel mediodía, bajo un sol tibio, velado por nubes blancas, que daban al húmedo atardecer costeño un ambiente de bochorno, de profunda pegajosidad. De ello hacía casi catorce horas. Y ahora, en la noche oscura, en la madrugada casi tormentosa, con relampagueos fugaces en la distancia, sobre las colinas residenciales del área de Los Ángeles y sus suntuosas zonas suburbanas, se iba a proceder a la tarea opuesta: a la exhumación secreta, casi clandestina, del cadáver de Lee Garfield, el agente del Gobierno de los Estados Unidos que se prestó a aquella lúgubre experiencia *postmortem*... sin haber muerto realmente, pese a todas las apariencias en contra.

Lee Garfield fue extraído del sencillo pero bello panteón de los Garfield, construido en un apacible rincón del cementerio, entre setos, cipreses y unos bien cuidados rectángulos de césped, con bordes de florecillas blancas y malva.

Había pocas personas presentes. Donna, vestida con pantalón y chaqueta negra, sobrios y sencillos, dando a distancia la impresión de que era un esbelto muchacho, y no una dama de arrogante figura; a su lado, el doctor Turnball, el hermético Melvin Pyle, y dos funcionarios de la oficina federal, así como otros dos oficiales de la policía metropolitana, división de homicidios, en estrecha colaboración con las autoridades federales ocupadas de aquel caso.

El féretro, lustroso y pesado, con asas de plata labrada, fue extraído de su lugar de descanso eterno bajo la lápida del panteón. Dos empleados del recinto fúnebre cuidaban de esa tarea, especialmente designados entre los más antiguos y de confianza, por la dirección del cementerio municipal de Los Ángeles, a requerimiento del departamento federal en la ciudad californiana.

Alrededor del cementerio, unos agentes especiales de la Metropolitana y de la oficina federal, montaban rigurosa y disimulada guardia, estableciendo conexiones y coordinación constante con *walkie-talkies*, emisores-receptores a transistores, y coches oscuros, de faros apagados, provistos de radioteléfono.

Absolutamente todo posible riesgo estaba medido, rigurosamente previsto. No podía haber fallos en esto. Nadie, nadie podía bajo pretexto alguno, acercarse esa noche a los muros de piedra del cementerio de Los Ángeles.

Dentro, la exhumación del cuerpo de Lee Garfield tenía efecto en medio

de un tenso silencio, bajo la luz de lámparas eléctricas de tamizada claridad.

—Pronto, adentro —ordenó escueto Turnball, señalando una ambulancia cercana, disimulada, con escaso gusto tal vez, pero con gran sentido práctico, de coche funerario privado, con vidrios translúcidos que no dejaban adivinar lo que sucediera dentro del vehículo—. No pierdan tiempo, por favor.

No lo perdieron. Lee Garfield, dentro de aquel ataúd de lujo, provisto de sistemas de respiración y ventilación especiales, invisibles para cualquier persona no experta, fue metido con rapidez y precauciones dentro del vehículo. Subió a este Donna Garfield, y después lo hicieron Turnball y Pyle. Nadie más. Se cerraron las puertas de atrás. El coche partió del cementerio, saliendo por una puerta de emergencia, mientras los demás agentes lo hacían en otros automóviles, escoltando a prudencial distancia la fúnebre comitiva, en ruta hacia un determinado hospital de Los Ángeles, donde a petición de las autoridades federales, se reservaba una serie de habitaciones a los componentes de aquel extraño grupo, visitante fugaz en el siniestro recinto donde los muertos dormían su apacible sueño de eternidad.

Dentro del falso coche fúnebre, todo era actividad ahora. Alrededor del ataúd, procedían Pyle y Turnball a soltar los sistemas de cierre del féretro. Pronto fue este abierto. Sobre el fondo de raso malva, apareció, imperturbable, hierático, frígido y céreo, el cuerpo inmóvil de Lee Garfield, el hombre aparentemente muerto.

—Pronto, proceda —ordenó secamente Pyle al médico federal—. Resucite a Garfield, doctor.

—Es lo que voy a hacer, señor —afirmó Turnball, conciso. Tomó un estuche, de él una aguja hipodérmica y una ampolla de un líquido cristalino, color dorado, con el que llenó la correspondiente jeringuilla. Luego se inclinó sobre Garfield, inyectándole en un brazo que ciertamente, parecía en todo el de un muerto.

Terminó la operación. Se enjugó el sudor de su frente con el dorso de la mano. Cruzó una mirada rápida y pensativa con Pyle.

—¿Todo conforme? —preguntó este.

—Todo, sí —convino el médico—. Se hizo cuanto estaba previsto. En menos de diez minutos, Lee Garfield comenzará a revivir. Cuando lleguemos al hospital, estará otra vez lleno de vida.

—¡Dios sea loado! —musitó Donna, entre dientes como orando, con la cabeza baja—. Me va a parecer mentira verle de nuevo como antes...

Pyle y Turnball no hicieron comentario alguno. Se limitaron a contemplar en silencio la belleza serena, dulce y correcta, de Donna Garfield. Su cabello castaño suave, como de cobre oscuro, sus ojos pardos, su nariz delicada, recta y suave, su boca gordezuela, levemente sensual, sin

perder dulzura por ello. Su figura armoniosa, alta y elegante, digna de una modelo. Sus oscuras ropas y su pálido tinte actual en las mejillas, le daban una majestuosidad triste e impresionante a la vez.

El coche fingidamente funerario, en realidad una ambulancia perfecta en su interior, devoraba millas, hacia un lugar de Santa Mónica, donde se hallaba dispuesto el hospital para recibirle. Pero a medida que pasaba la distancia, pasaba también el tiempo. Y los minutos transcurrían, implacables.

Donna estudiaba su reloj, ansiosamente. Contaba esos minutos con angustia casi:

—Seis... siete... ocho... nueve... y diez —levantó la cabeza. Miró ansiosamente a Turnbull y a Pyle—. Diez minutos ya, señores.

Luego, naturalmente, miró a Lee, a su esposo. Hubo un estremecimiento en su cuerpo, una leve convulsión en su rostro, en su gesto.

Lee Garfield continuaba igual. Rígido, sin color, sin vida.

—Turnball... —siseó Pyle, muy pálido—. Turnball, mire... Garfield no...

—Espere —la voz de Turnball era ronca—. Espere, por favor...

Se inclinó sobre Garfield. Donna reveló inquietud, casi terror en su gesto ahora. Pyle se apresuró a apoyar una mano firme, ruda, en su hombro. Turnball tenía algo de nervioso, de exasperado, al inclinarse frenético encima de Lee, que no reaccionaba.

El coche avanzaba en la noche. Trepidaba por la velocidad. Era el único ruido audible dentro. Nadie respiraba allí. Como si todos estuvieran muertos. Tan muertos como Lee.

—Doctor... —jadeó de repente ella, patética—. Doctor Turnball, ¿qué... qué sucede?

Turnball hacía algo. Daba masaje al corazón de Garfield, por encima de su piel color cera. Respiraba hondo, jadeaba, su frente aparecía bañada en sudor. Temblaba su mano al masajear el torso. Luego, tembloroso el pulso, puso una nueva inyección a Lee, ahora sobre su epidermis torácica. Esperó luego, tenso. Cayó de su mano la jeringuilla, y ni se enteró.

—Doctor Turnball, ¿qué sucede? —preguntó Pyle, crispado, con voz rota.

—Sí, doctor... ¿Qué está pasando? —casi gritó ella.

Turnball esperaba, miraba fijo el rostro de Garfield, esperaba algo... Algo que no se producía. Todo continuaba igual. Terriblemente igual...

—Señor... —alzó Turnball la cabeza, desesperado. El sudor chorreaba por su piel—. Señora Garfield, lo... lo siento... No sé... No sé qué ha ocurrido, pero... pero Lee Garfield está realmente muerto... Nada ni nadie puede resucitarle. No era posible que esto sucediera, pero ha sucedido. Ahora, sí. Ahora, Garfield ha muerto. Definitivamente, señora...

Donna Garfield emitió un grito ronco. Y se desplomó en el suelo de la

ambulancia disfrazada de coche fúnebre...

CAPÍTULO II

«Honras fúnebres por Lee Garfield, funcionario del Gobierno. Hoy, en la capilla de San Dimas, Pasadena, a las 10,30, A.M., se efectuará el funeral por el alma del difunto Lee Garfield. Rogad a Dios por su alma. No se invita particularmente.»

Eso era todo. Un recuadro en los periódicos vespertinos de Los Ángeles, la víspera del fúnebre oficio póstumo, en memoria del fallecido agente del Gobierno de los Estados Unidos.

Para los amigos y conocidos, para los compañeros y familiares, sería suficiente. Ahí terminaba la historia de una vida y de una muerte. Para otra clase de personas también era suficiente, pero por razones muy distintas. Era el final. El punto definitivo que cerraba un asunto. El réquiem en letras de molde, por un hombre llamado Lee Garfield, que si en vida era sumamente peligroso, muerto no se diferenciaba ya en nada de los demás mortales que terminaron sus días en el mundo.

Entre esas personas, naturalmente, estaba Napoleón Morningstar.

Rio huecamente, agitando su panzuda figura a impulsos de los espasmos de su hilaridad. Su adiposo, enorme vientre, se agitó, bailoteando como un blando flan repulsivo. Todo él era fofo, bajo las ropas anchas, anchísimas, mal confeccionadas acaso, aunque ningún sastre, ni siquiera en el Strand londinense, hubiera podido vestir medianamente bien a aquella masa adiposa y temblequeante como gelatina viva, que era Napoleón Morningstar.

El periódico fue estrujado entre sus manos rollizas, de dedos gordezuelos y cortos, de fofa carne pálida. Luego terminó brincando sobre la barandilla de la cubierta, impulsado por el hombre gordo, para flotar mansamente en las aguas azules, junto al blanco casco del lujoso y pequeño yate anclado en Santa Bárbara, frente a la costa luminosa de Los Ángeles.

Las lloviznas y nublados de días anteriores habían dejado paso a un excelente clima soleado, y la luz del día cabrilleaba en la superficie marina, o rompía sobre el oleaje y la espuma que iba a morir en las doradas playas de las islas californianas.

—Perfecto —aprobó entre dientes Napoleón Morningstar, con su chillona, aflautada voz, riendo luego al contemplar cómo el periódico, imitando a un barquichuelo frágil y fugaz, se alejaba del casco, iniciando una breve singladura que terminó justamente al empaparse de agua y

terminar hundiéndose, hecho húmedos jirones.

—¿Qué es lo perfecto, Napoleón? —preguntó una voz a sus espaldas.

Napoleón se volvió despacio. Miró fijamente, como un búho, con sus redondos ojos claros, a la persona que le había dirigido la pregunta.

La platinada cabellera de su interlocutor era como una viva llamarada de argentífero metal hilado, bajo el sol castaño. El cuerpo, apenas ceñido en dos breves puntos, por un inverosímil bikini también de color plata, era una estatua de bronce vivo, dorado por el leve brillo de su vello tenue, suave. Piernas largas, muslos elásticos, nalgas prominentes, caderas ampulosas, cintura breve, terso estómago, senos magníficos y generosos, que la brevísima pieza superior de su platinado bikini apenas si rozaba lo preciso. Todo eso, unas manos largas, manicuradas igualmente de plata, unos ojos fulgurantes, de un helado azul, como icebergs flotantes, y una boca sensual, muy roja y agresiva.

Así era ella. Pero Napoleón Morningstar, atiplado de voz, amanerado de gestos, casi femenil de posturas y expresiones, no parecía prestar atención especial alguna a aquella impresionante escultura viviente que surgía ante él, goteando agua, como perlas deslizantes encima del bronce palpitante de su cuerpo semidesnudo, al salir de la pequeña piscina de a bordo. Napoleón Morningstar nunca se fijaba en absoluto en los encantos y atractivo de las mujeres. Para él, una mujer era un elemento útil, un subordinado fiel y astuto, capaz de lograr muchas cosas más que un hombre, en determinadas situaciones.

Ella no era una excepción. Por el contrario, ella, la platinada belleza agresiva, erótica y carnal de Naomi Sutton, era para Napoleón Morningstar la mejor de las armas útiles.

—Hablas de Lee Garfield, ¿no es cierto? —indagó ella, innecesariamente, tomando un cigarrillo de boquilla rosada, de una pitillera de oro y marfil que Morningstar dejara sobre la cercana mesita, en la cubierta del yate, al lado del encendedor, igualmente del precioso metal.

—Sí, Naomi —observó cómo encendía el cigarrillo parsimoniosa, exhalando humo azulado con fruición, entre los labios carnosos, fruncidos en un mohín que era un puro deleite, para cualquier hombre con otras ideas diferentes a las peculiares de Morningstar al respecto. Añadió, suave, melifluo el tono—: La muerte de Lee Garfield es todo un acontecimiento.

—Bah... —se encogió ella de hombros—. Podría ser un truco. Un cochino y vulgar truco peliculero, de esa gente de la organización federal.

—Claro —rio Napoleón Morningstar risueño, saltándole la hilaridad a los ojos brillantes, redondos y malévolos—. Es que era un truco.

Y como si ese comentario tuviera una gracia loca, volvió a soltar otra larga, atiplada, grotesca carcajada.

Naomi arrugó el ceño, pensativa. Fumó en silencio dos bocanadas de humo, que exhaló muy lentamente por las fosas de su graciosa nariz.

—De modo que era eso, después de todo —comentó—. Una pura filfa. Farsa policial, ¿no?

—Claro. La historia del ataque cardíaco resultaba rara. Pero podía ser cierta. Lo midieron todo muy bien, debo reconocerlo. Investigamos, y resultó que hasta en su ficha médica figuraba una lesión cardiovascular bastante seria. Y un informe confidencial, en el que se sugería la posibilidad de trasladar a Lee Garfield a trabajos burocráticos, para cuidar su enfermo corazón. Te confieso que casi me tragué el cebo con anzuelo y todo.

—¿Qué te hizo pensar de otro modo?

—Hubo algunas cosas —evadióse Napoleón, encogiendo sus hombros anchos y rollizos—. No soy tonto. No me fie de todas esas apariencias tan... tan convincentes. Quizá era incluso demasiado convincente. Olía a prefabricado. Apeataba, diría yo.

—Pero Garfield ha muerto, ¿no? Ha muerto de verdad...

—Muy de verdad —convino el gordo personaje de voz aflautada y ademanes femeniles—. La farsa terminó mal para ellos. Cuando pretendieron resucitar a su héroe, este había pasado al mundo de las sombras. Estaba muerto de verdad. Es lo malo de ciertos juegos. Resultan siempre peligrosos, querida Naomi.

—Me hubiera gustado ser yo quien se ocupara de él... —silabeó la hermosa platinada, con una fría expresión en sus ojos despiadados.

—Olvidalo —agitó una mano alocadamente Napoleón Morningstar—. Eres una perfecta ejecutora, Naomi. Pero en esta ocasión no hacías falta. El plan era otro. Y resultó. Lee Garfield ya no es un peligro para ninguno de nosotros. Lamentable para él, claro. Excelente para nosotros...

—El ocio me cansa —suspiró ella, sacudiendo sus pies mojados en el suelo de toalla, a grandes franjas de colores, donde se posaba la mesa y sillas metálicas de Napoleón—. Deseo hacer algo.

—No te preocupes —rio el hombre gordo—. Tienes trabajo importante.

—¿De veras?

—Y urgente.

—Eso está mejor...

—No todo empieza y termina con un tipo llamado Garfield, por peligroso que él fuese —Morningstar lanzó una breve risita burlona—. Hay otros problemas, otras personas que estorban. A mí, a la organización... Naomi, vas a ocuparte de una de esas personas.

—¿De quién, Napoleón?

—De un tal Lyman Orwell, preciosa...

* * *

Lyman Orwell aplastó el cigarrillo en el gran cenicero de cristal tallado,

color naranja suave.

—No —dijo—. No voy a hacer eso, esté bien seguro de ello.

Averell Ruark le miró sin hacer ningún comentario inmediato. Su rostro se mantuvo inexpresivo por completo. Eso no era realmente nada difícil, porque la inexpresividad era su primordial característica en todo momento. Una faz tensa, tirante, rígida, que nada revelaba, bajo un sombrero completamente pasado de moda, al menos en los Estados Unidos; un bombín negro, de copa redonda, hemisférica, y ridícula ala rígida. Hubiera podido pasar por un banquero de la City londinense o un funcionario de pompas fúnebres, en el centro aristocrático de Londres. Pero aquello no era Londres, ni, ciertamente, Averell Ruark, pese a su bombín, su aspecto respetable y hermético, y su buen traje de lana negra, digno de haber sido cortado por el mejor sastre del Strand londinense, era ningún banquero o empleado funerario inglés.

Era, sin rodeos ni términos ambiguos, un asesino. Un pistolero, un rufián. O, todo lo más, un buen burócrata del crimen organizado. Solamente eso. Nada más ni nada menos que eso.

Y Lyman Orwell lo sabía. Lo sabía Orwell, como lo sabía mucha gente del mundo de las finanzas, la industria y el comercio. Averell Ruark no era un criminal vulgar. Poseía elegancia, distinción, frialdad, inteligencia aguda y pocos, muy pocos nervios. Era el hombre capacitado para cualquier tarea delicada.

—No lo haré —insistió Orwell secamente. Y se irguió, con un centelleo de cólera en sus claros ojos. Rabiosamente casi, pasó una mano ruda, enérgica, de luchador nato en cualquier frente de batalla que la vida le exigiera, por sus cabellos rubio oscuros, crespos, cortos y desordenados. Concluyó, rotundo, como el que pega un martillazo para rubricar una sentencia inapelable—: Dígaselo a quienes le envían, Ruark. No acepto imposiciones de ningún tipo. Y esa, menos que ninguna otra.

Si esperaba que Averell Ruark reaccionara de algún modo, se llevó una decepción. El gesto del visitante continuaba imperturbable, hermético. Como si ya esperara algo así, y no constituyera ello la menor sorpresa.

Se limitó a cruzar sus piernas, estirando la impecable raya de su pantalón negro, sobre los zapatos puntiagudos de charol, lustrosos y bien cuidados. Luego suspiró, hablando entre dientes con tono apático, como: cansado:

—Mal hecho, señor Orwell.

Lyman fue abrupto en la réplica:

—Yo soy quien debe juzgar si hago bien o mal, no usted.

—No le censuro. Solo hago un comentario.

—Puede ahorrárselo. No pido comentarios.

—¿Y consejos?

—Menos aún. No pido nada. Ni quiero que me pidan o me exijan nada.

—Señor Orwell, usted parece olvidar que esta es una entrevista puramente amistosa y que, por lo tanto...

—Y que, por lo tanto, usted está pecando de impertinente, y abusa de mi paciencia —le atajó con sequedad el principal propietario y presidente de la Merchant Ships of the Western Coast—. Creo que eso es todo lo que teníamos que hablar ambos. Ahora, buenas tardes.

—Señor Orwell, permita aún que insista...

—Señor Ruark, he dicho que se marche —fue la helada respuesta.

—Me marchó enseguida —sonrió apacible, glacial, el siempre correcto, casi aristocrático Averell Ruark. Sus ojos, sin embargo, eran dos helados reflejos inexpresivos y taladrantes—. Solo unas palabras más, señor Orwell. Usted es un hombre importante, muy rico, poderoso y de influencia en determinados sectores comerciales, económicos y sociales del país, especialmente aquí, en la costa californiana, de la que sus barcos mercantes y de cabotaje salen con tanta frecuencia para sus singladuras con Centro y Sudamérica.

—Acabemos, señor Ruark. Está usted divagando, diciendo cosas que todos saben... y yo con más motivo, por ser el principal interesado en ello.

—Un momento aún. Ya termino —agitó su mano derecha, con ambigua indiferencia—. Señor Orwell, todo eso, muchas veces, con ser mucho, no basta para conservar la vida.

—¿Cómo ha dicho? —se dispararon los nervios de Lyman Orwell vivamente.

—Me ha oído perfectamente. Ser todo lo que usted es, no significa tener un seguro de vida a todo riesgo. Usted, señor Orwell, puede morir.

—Cualquiera puede morir. ¿Me está amenazando?

—Nada más lejos de mi intención ni de mis modales, créame —suspiró el visitante, inalterable—. No soy persona peligrosa. No llevo armas, no me gusta la violencia...

—Pero sirve a violentos jefes y sus violentos sistemas de coacción —replicó, incisivo, Orwell.

—Uno ha de servir a quien mejor le pague —se encogió beatíficamente de hombros su interlocutor—. Eso no significa que se esté de acuerdo con sus postulados.

—Pero sí significa que se tiene que obedecer. Y seguir sus normas.

—Evidente, señor Orwell. Por eso deseo advertirle. No soy sino un emisario. Yo me ocupo de persuadir a la gente previamente. Los inteligentes saben a qué atenerse, me escuchan y al final dicen... «sí».

—Pero yo he dicho «no».

—Le oí —musitó Ruark. Meneó la cabeza, pesaroso, como si estuviera en un funeral—. Pero no fue una medida inteligente.

—Es mi decisión —replicó, belicoso, Orwell—. Y le invité a marcharse. Obedezca.

—Ya me voy —se incorporó, calmoso, estirando su pantalón, como acariciando la raya de los mismos, en un afán de rigurosismo con su indumentaria—. Señor Orwell, usted es un hombre solitario. No tiene familia, ni parientes ni nadie que pueda llorarle si algo le sucede. Solamente un socio, un caballero llamado Rubee Shapiro. Su socio, posiblemente, una vez muerto usted violentamente, cedería gustoso, para no correr riesgos estúpidos, a cambio de una suma razonable. Y su empresa, de cualquier modo, se plegaría a los deseos de mis jefes... ¿Qué habría ganado con ello, señor Orwell? Absolutamente nada. Y habría perdido lo más hermoso que todos poseemos: la vida...

—¡Fuera! —señaló él, con fría ira, señalando la salida—. Señor Ruark, salga ya, o le haré arrojar a viva fuerza.

—Oh, sí, sí, ya me voy —rio entre dientes el visitante, encogiéndose de hombros—. Lamento que nuestra amigable charla haya terminado así, pero veo que es usted difícil de convencer. Lástima que su buena visión para los negocios haya fallado esta vez...

—Acostumbro a jugar limpio, en la vida y en las finanzas. Conmigo mismo, con mi conciencia, y sobre todo, con mi país y con los intereses ajenos. Esa es una sucia y turbia maniobra que podría complicar muchas cosas, en un mundo hartamente complicado ya con otras cosas. Por eso mi respuesta es y será siempre la misma: «No». Adiós, señor Ruark.

—Adiós, señor Orwell —suspiró su visitante—. Esta sí que es una despedida definitiva, esté seguro de ello...

Y tras decir esto, que podía ser la más dura de las amenazas, con un tono frío, indiferente y como lastimoso, Averell Ruark, comisario de la organización, abandonó las oficinas de Lyman Orwell, director y ejecutivo principal de la Merchant Ships of the Western Coast, en la ciudad de San Diego, California.

Lyman Orwell, una vez solo, resopló con ira, golpeó una mano con el puño opuesto, y dio unas largas zancadas hasta el teléfono, que descolgó, llamando a la centralilla de su empresa, sin pérdida de tiempo.

—¿Sí, señor Orwell? —sonó la voz afable y profesional de una operaría.

—Póngame con mi socio, Rubee Shapiro. Es urgente.

—Lo siento, señor. El señor Shapiro está ausente, hoy.

—¿Ausente? —frunció el ceño Orwell, irritado—. ¿Por qué? No sabía nada de eso...

—El señor Shapiro avisó que estaría hoy en alta mar, en su yate, atendiendo algunos asuntos sobre los astilleros y un informe de los guardacostas acerca de los pescadores de atún...

—Oh, entiendo —malhumorado, sacudió la cabeza—. Gracias de todos modos, señorita. En cuanto vuelva, dígame al señor Shapiro que venga a verme a mi despacho.

—Así lo haré, señor.

Colgó. Le irritaba aquella independencia de su socio para abandonar la empresa cuando menos se esperaba, con cualquier pretexto de tipo comercial, que casi siempre era solo eso; un pretexto. Ahora le hubiera interesado hablar urgentemente con él. La visita de aquel tipo untuoso y afable, Averell Ruark, no le había dejado tan indiferente como parecía. No le gustaba su embajada. Él representaba, bajo sus modales caballerosos y correctos, a la organización. Y la organización no se limitaba a esos métodos. Si alguien se enfrentaba a sus designios, acostumbraba a obrar de modo muy diferente.

Ruark tuvo razón en algo; él era un tipo solitario. Sin familia, sin nadie. Al menos, es lo que todos sabían en California. Hubiera sido una sorpresa para cualquiera saber que Orwell tenía siquiera una novia o el proyecto de formar un hogar. Encajó fieramente las mandíbulas. Bien. Quizá iba a dar más de una sorpresa a muchos...

Miró, pensativo, el teléfono que acababa de colgar. Lo descolgó de nuevo, con enérgico ademán. Y pidió a la telefonista de turno:

—Señorita, línea con el exterior. Con Los Ángeles.

—Sí, señor Orwell. ¿Marca usted mismo el número?

—Sí, yo mismo —afirmó el director-propietario de la mejor flotilla de mercantes de toda la costa sur de California.

Le dieron línea. Marcó las cifras de Los Ángeles. Esperó, mientras a distancia sonaba la llamada telefónica, insistente. Al fin, descolgaron.

—¿Dígame? —preguntó una suave, lejana voz femenina.

—Soy Orwell —informó él—. ¿Hablo con Golda?

—Eso es. Soy Golda, Lyman —la voz se dulcificó—. ¿Qué deseas?

—Escucha, Golda, cariño... —y Orwell continuó hablando, en una conversación íntima, cálida, tierna, entrañable y amorosa, que hubiera sorprendido a más de uno que sabían de las costumbres rígidas del solitario solterón que era Lyman Orwell.

Entre esas personas sorprendidas posiblemente quien más se hubiera sobresaltado hubiese sido precisamente el visitante que acababa de abandonar la oficina del hombre de negocios. Y que, precisamente ahora, en coincidencia con el propio Orwell, hablaba también telefónicamente con alguien.

Solo que esa conversación, pese a ser también con una interlocutora del sexo femenino, distaba mucho de ser tierna, cálida o amorosa...

—De modo que eso es lo que sucedió en su entrevista... —sonó la voz de la mujer que hablaba con Averell Ruark, allá al otro extremo del hilo.

—Sí —afirmó Ruark, siempre impávido, calmado y como si hablara de asuntos fríamente comerciales, reclinado sobre el teléfono de la cabina pública situada en el embarcadero de San Diego al que asomaba la fachada del edificio de la Merchant Ships of the Western Coast—. Eso sucedió, Naomi.

—Bien... Entonces, ahora ya es cosa mía.

—Me temo que sí —suspiró Averell Ruark—. Es cosa tuya, Naomi...

—Napoleón ya me habló de ello. Sé lo que tengo que hacer. Adiós, Ruark.

—Adiós, Naomi —musitó el hombre—. Y suerte.

—Gracias. La tendré —dijo la helada voz de mujer—. Siempre la tengo. Porque no fío solamente en la suerte, sino en mi eficacia. En mi personalidad, Ruark.

—Lo sé —se estremeció Averell Ruark—. No me gustaría nunca saber que yo... estoy en tu lista.

—Te creo —rio ella suavemente, con siniestra dulzura—. Te creo...

Colgó. Ruark también. Abandonó la cabina. Salió, alejándose a largas zancadas por el embarcadero de resbaladizo suelo, de olor a salitre y a yodo, sobre el que revoloteaban, planeando, las chillonas, estridentes gaviotas.

Averell Ruark había hablado con una mujer hermosa y lejana. Pero no habló de amor o de ternuras humanas. No habló más que de fríos negocios. Negocios que terminaban en muerte.

Naomi era la muerte. La ejecutora. Y era una profesional implacable, helada y tremendamente eficaz. Lyman Orwell era el nombre de ahora en su lista.

Lyman Orwell no tenía la menor posibilidad de sobrevivir. Nadie la tenía, cuando estaba en la lista de Naomi.

Él no podía saberlo. Pero era como si ya estuviera muerto.

Y estaba muerto.

Lyman Orwell acababa de morir. Inevitable, fatalmente.

No pudo evitarlo. No pudo preverlo siquiera. Ni sospechó nada, hasta que fue ya demasiado tarde para hacer algo, aun suponiendo que esto hubiera sido posible.

Regresaba de Los Ángeles. Aún tenía en su memoria, en su mente, el recuerdo de los ojos de Golda Darrell, de su voz cálida y profunda, de su tremendo magnetismo y personalidad.

Y entonces vio a la platinada Naomi.

Ella estaba en la carretera, en la ruta entre Los Ángeles y San Diego. Al pie de un automóvil parado. En increíble, audaz minifalda, con botas blancas, charoladas, con una blusa calada, como una red de pescador californiano, sobre un torso que difícilmente protegía un corpiño platinado como su cabello y su minifalda inverosímil, aupada sobre el término de sus bien formados muslos de bronce y su grupa empinada.

Detuvo el coche. Lo hubiera hecho igual, de no ser la platinada una belleza tan sensual, turbadora y deslumbrante, pura imagen de erotismo y voluptuosidad viviente. Pero con la platinada Naomi, con mucho mayor motivo. Lyman Orwell detuvo su coche, bajó de él, solícito, al hacerle ella

señas, erguida como una estatua de plata y bronce, agitando sus brazos desnudos.

—¿Le ocurre algo, señorita? —indagó, con todo interés, sin poder evitar una mirada de asombro y admiración a aquel cuerpo escultural, turgente y vibrante que se erguía ante él, envuelto en el raudal de blanca luz de los faros de su coche.

—Sí, señor —murmuró ella, con voz apagada—. Voy hacia San Diego. Mi coche sufre una avería irreparable... Me temo que no tenga solución inmediata...

Él se inclinó sobre el motor, bajo la capota alzada. Tenía toda la razón la dama del cabello platinado. La avería era importante. Demasiado importante para intentar siquiera cosa alguna. Al menos, de momento.

—Puedo llevarla hasta San Diego —invitó él, señalando la portezuela abierta de su poderoso y moderno «Cadillac»—. Allí le será posible pedir ayuda para que trasladen su coche. E incluso puedo ayudarla en eso. Conozco al personal de la estación más importante de la ciudad...

—Si fuese tan amable... —musitó ella. Contempló con pesar su modelo deportivo, blanco y costoso, pero inútil en estos momentos—. No quisiera que pensara nada raro de mí. Viajo sola, pero no me gusta abusar de la amabilidad de los automovilistas, créame...

—Por favor, no hable así —cortó Lyman Orwell—. Suba, se lo ruego. En menos de diez minutos, su problema estará resuelto. Y recomendándola yo, mañana a primera hora tendrá su coche flamante, ya lo verá.

—Es usted muy bueno —admitió ella, con un mohín delicioso—. Acepto encantada...

Subió al coche, junto a Lyman Orwell. El hombre de negocios se acomodó a su lado. Sintió contra su pierna el roce de la bronceada piel de ella. Era un contacto inquietante y peligroso. Aquel cuerpo de mujer era una pura curva palpitante. Y su sofisticada gracia e indumentaria le prestaban un exótico, extraño atractivo...

El «Cadillac» de Orwell se lanzó en veloz carrera hacia San Diego, por la amplia pista de asfalto que bordeaba el litoral californiano. Callada, risueña, puro sexy de la más elevada tensión, la platinada Noemi viajaba a su lado.

No cruzaron palabra en los primeros momentos. Luego, Lyman Orwell volvió el rostro hacia ella, y le preguntó, cortés, interesado vivamente, como resultaba natural, por aquella mujer sorprendente, hallada en la carretera:

—¿Tiene familia en San Diego, señorita?

—No —suspiró ella—. Trabajo allí.

—¿Trabaja? Supongo que su trabajo será algo muy especial...

—Lo es —rio ella, mirándole ahora abiertamente. Sus manos bronceadas, de uñas plateadas y cuidadas, jugaron con los flecos de su

brévísima minifalda, antes de apoyarse en las rodillas—. Creo que nadie hace mi trabajo como yo sé hacerlo.

—¿Puedo saber en qué consiste ese trabajo, señorita...?

—Sutton. Naomi Sutton —se presentó ella—. Sí, puede saberlo, señor...

—Orwell. Lyman Orwell.

—Señor Orwell... —una sonrisa enigmática flotó en los labios carnosos, sensuales, de la bella desconocida del pelo de plata—. Pues sí, puede saberlo. ¿Quiere que le dé una muestra de ello ahora mismo?

—¿Ahora mismo? ¿Una muestra? —pestañeó Orwell, sorprendido—. No la entiendo...

—Detenga un momento su coche, por favor —musitó ella, insinuante. Entornó los ojos—. Lo sabrá enseguida.

Orwell frenó. Fue algo instintivo. No sabía si aquella mujer era una aventura fácil, o algo más desconcertante y enigmático. Pero su curiosidad humana y su masculina debilidad natural ante semejante ejemplar del sexo opuesto, actuaron sobre él como elementos de lógica influencia. Detuvo el coche. Miró a la hermosa platinada, esperando algo.

Y no tuvo que esperar mucho. Ella le echó los brazos al cuello. Le rodeó, le aplastó su boca húmeda, roja, palpitante y ávida, contra los labios de él...

Al mismo tiempo, sus uñas platinadas se hincaron inesperadamente en su nuca. Fue un arañazo cruel, doloroso, brutal casi. Orwell se estremeció, pensando que ella era una mujer demasiado apasionada y salvaje. Fue lo último que pensó.

Cuando las uñas se retiraron de los profundos surcos sangrantes abiertos en la nuca de Orwell, este contempló, aturdido, a la hermosa desconocida.

—¿Qué... qué significa...? —jadeó, a medida que su rostro se tornaba ceniciento, sus labios amoratados, sus ojos vidriosos, fijos, terriblemente dilatados.

Ella sonrió. Cruzó sus piernas desnudas con indiferencia. Se inclinó. Tomó un cigarrillo de la caja que llevaba Orwell en el *tablier*. Encendió con parsimonia el tabaco aromático y exhaló humo entre sus labios entreabiertos y sus fosas nasales.

—Significa que está muerto, señor Orwell —murmuró Naomi fríamente—. Muerto, ¿entiende?

—Muer... to... —balbució él, poniéndose rígido, por momentos hundido en un raro sopor, en una paralización paulatina y helada.

—Eso es —suspiró Noemi—. Mi trabajo es matar. Matar, señor Orwell. Y usted está muerto... Es un trabajo muy especial... y nadie lo hace como yo.

Sonreía aún, cuando la rigidez de la muerte se apoderó con rapidez increíble de Orwell. Aún estaba sonriendo al haber fallecido Lyman

Orwell.

Después, calmosa, salió del coche. Se alejó en la noche, en la oscuridad de la cuneta en sombras, hacia atrás. No tardó en llegar adonde un coche oscuro, silencioso, se detuvo para recogerla, en un camino vecinal, entre matorrales.

—¿Misión cumplida? —preguntó una ronca voz, en el interior en sombras del automóvil.

—Misión cumplida —suspiró ella, entrando en aquel vehículo—. Orwell ha muerto. Yo nunca fracaso...

La portezuela se cerró. El coche se alejó con marcha silenciosa en la oscuridad.

Algún tiempo más tarde, los patrulleros de la carretera encontraban el cadáver de Lyman Orwell dentro de su lujoso «Cadillac» último modelo...

CAPÍTULO III

Rubee Shapiro afirmó despacio, enjugándose el sudor de su rostro. Luego, nervioso, se tomó un trago de su combinado.

—Sí —dijo roncamente—. Sí, señor Ruark... Firmaré ese convenio, esté seguro.

—Perfecto —suspiró Averell Ruark apaciblemente, mientras abría su negro portafolios. Le tendió los documentos—. Puede firmar, como único director y propietario de la empresa de barcos mercantes y de cabotaje de la costa del oeste... tras el lamentable fallecimiento de su socio y amigo, el infortunado Lyman Orwell...

—Deme, deme todo eso. Firmaré enseguida. Espero que las condiciones sean las estipuladas previamente...

—La organización nunca falla, señor Shapiro —sonrió Ruark amablemente—. Usted sabe. No debemos defraudar a nuestros amigos y asociados, o ellos nunca fiarían en nuestra seriedad. La suma es la que está prevista, la misma que rechazó su socio, el señor Orwell...

—Sí, entiendo, entiendo muy bien —el nerviosismo de Shapiro era evidente. Su figura baja, rechoncha, gordinflona, era como un pastel de gelatina, temblorosa y vacilante. La transpiración volvía a asomar, humedeciendo su piel, su rostro todo. Se pasó un pañuelo, y extendió una mano estremecida, gordezuela, de dedos cortos y adiposos, hacia el documento que debía firmar—. Quede bien entendido que la empresa todavía no ha pasado legalmente a ser mía por completo, y que aún quedan unos trámites para que los intereses de mi difunto socio pasen a ser también míos...

—Sobre eso no hay problemas, señor Shapiro. Sabemos que no hay familia Orwell, ni heredero legal alguno, excepto usted mismo, como socio de la entidad.

—Cierto. Lyman no tenía familia, ni parientes... ni tan siquiera novia. Jamás estuvo casado, no tuvo hijos... En fin, era solo. Y ha muerto. Ahora soy el único responsable de la naviera. Y acepto las condiciones ofrecidas. Acepto... porque no quiero morir como murió Lyman.

—Una medida muy sabia y prudente, señor Shapiro —rio entre dientes Averell Ruark. Extrajo una pluma de su bolsillo. La tendió a Shapiro—. Firme, se lo ruego... Por triplicado, claro. Pero bien entendido que estos documentos nunca se harán públicos bajo pretexto alguno. Es solo su compromiso formal con la organización. Nosotros nunca faltamos a uno de ellos. Si usted faltase... no sería ante los tribunales donde llegase la

demanda de la organización, bien lo sabe.

—Sí, sí —se estremeció Shapiro. Evocó la forma en que fuera hallado el cadáver de Orwell en la carretera. Tragó saliva—. Bien lo sé... No habrá incumplimiento, esté seguro.

—Estoy seguro —musitó irónico Ruark—. De otro modo, usted demostraría ser tan poco inteligente...

Shapiro tomó la pluma. Iba a firmar los documentos.

—Rubee, amigo mío, ¿qué va a hacer usted?

Shapiro lanzó un leve grito y dejó caer la pluma. Se volvió, como Ruark, hacia la puerta del despacho. Quedóse contemplando, algo agitado, a la persona que aparecía erguida en el umbral.

—¡Oh, Dios...! —musitó—. Me asustó usted, Golda...

Golda Darrell permaneció quieta en el umbral. Pálida, vestida de gris oscuro, como una sobria dama que mantuviera un luto discreto por alguien. Elegante, atractiva, muy morena de piel, muy negros sus cabellos azulados, muy verdes y brillantes sus ojos grandes y sagaces.

—Lo siento —dijo ella lentamente—. No quise asustarle, Rubee. Vengo del cementerio, de dejar unas flores al pobre Lyman, de orar por su eterno descanso...

—Sí, claro, claro —murmuró Shapiro—. Era usted su única persona amiga, Golda. Supongo lo que habrá sufrido al enterarse... Pero ya nada puede hacerse por él. Nada... salvo lo que usted ha hecho. Ir a su tumba, rezarle, dejar unas flores... Yo, por desgracia, no tengo tiempo para ello. Ya entiende; el negocio, los problemas comerciales... Un hombre muere, pero su obra continúa. Yo debo seguir la tarea de Lyman, continuar con esto, sin abandonarlo...

—Lo sé. Gracias por su interés en todo, Rubee. Lyman hizo bien en confiar siempre ciegamente en su socio y amigo. Siempre hará lo mejor para la compañía... —miró, como simple curiosa, a Averell Ruark, que le sonrió, ceremoniosamente—. Por cierto, parece que les interrumpí en alguna entrevista de negocios...

—Es cierto —admitió Shapiro, resoplando—. Negocios, eso es... Iba a firmar ahora un contrato... Ya sabe, convenios de cabotaje, de transporte de mercancías... Es mi trabajo.

—Por supuesto... —Golda Darrell avanzó con parsimonia, taconeando suave sobre el suelo de moqueta roja, espesa y blanda, hacia ambos hombres. Dirigió una ojeada ambigua a los documentos que aún sostenía Ruark sobre su portafolios abierto—. Imagino que simples formulismos, negocios no muy trascendentes...

—Oh, claro que no. Negocios como tantos otros. Mercancías para transportar en nuestros barcos... —Shapiro humedeció sus labios, cada vez más inseguro y estremecido—. Deberá disculparme ahora si le ruego que nos deje continuar. Desdichadamente, todo debe dejarse a un lado por las

finanzas; sentimientos, recuerdos, simpatías... Nuestra vida es así de despiadada...

—Por supuesto —convino ella dulcemente. Extendió una mano enguantada de gris—. ¿Puedo ver esos documentos, caballeros, antes de que usted los firme, Shapiro, en nombre de la compañía?

—¿Usted? —Shapiro pegó un respingo—. ¿Ver los documentos usted, Golda? Cielos, eso no tendría sentido... No pueden hacerse públicos ciertos compromisos. Y usted, después de todo, solamente era... era una buena amiga de Lyman, y... y no está autorizada a...

—Lo lamento, Shapiro —murmuró Golda Darrell, apacible su tono. Los ojos eran fríos al estudiar a Ruark y al socio de Orwell—. Debí empezar tal vez por ahí. No fui la mejor amiga de Lyman, simplemente. Hay más. Algo más.

—¿Algo más? No entiendo, Golda...

—Cuando Lyman volvía a San Diego, desde Los Ángeles, y halló esa misteriosa muerte... venía de pasar conmigo esa tarde y noche... —extrajo algo de su bolso, con movimientos calmosos, serenos—. Vea, Shapiro. Mi licencia de matrimonio.

—¿Qué? —aulló Rubee Shapiro. A Ruark se le cayeron los contratos de las manos.

—Me convertí entonces en la señora de Lyman Orwell. En su esposa, ¿entiende? Según la ley de este estado de California, yo soy su heredera legal. Y, por tanto, usted no puede firmar nada de esta compañía, sin mi previa aprobación y consentimiento...

* * *

—¿Su esposa? ¿La señora Orwell, quiere decir?

—Sí, eso quise decirle, señora Garfield.

Las dos mujeres se miraron largamente. Luego hubo un silencio embarazoso, difícil.

—Entiendo —habló despacio Donna Garfield. Incluyó la cabeza—. Usted vino a ver a una persona que fue gran amiga de usted.

—Eso es —sonrió tristemente Golda—. Tuve dos buenos amigos en mi vida: Lyman Orwell, y Lee Garfield. Con Lyman, me casé el último día de su vida. A Lee, hacía tiempo que no le veía. Mucho tiempo.

—Y vino aquí con la intención de hablar con él.

—Eso es. Con la intención de verle de nuevo. Y de pedirle ayuda, señora.

—Pedirle ayuda a Lee... —repitió Donna amargamente, con lentitud—. ¡Dios mío, qué ironías tiene la vida, señora Orwell! Usted vino a pedirle ayuda... sin saber nada.

—Sin saber nada de su muerte... —afirmó despacio Golda—. Es cierto. ¿Cómo podía imaginar que Lee... Lee Garfield nada menos... estaría

muerto?

—Sin embargo, así ha sido.

—Ahora lo sé. Y me asombra que un hombre como él ya no exista... —mover despacio su cabeza Golda. Contempló el solitario, ahora triste jardín de los Garfield, en los alrededores de Los Ángeles—. Estuve meses fuera de esta ciudad, fuera de California. Y a mi regreso, un viejo amigo me pide en matrimonio, se casa inesperadamente conmigo, convirtiéndome horas después en su viuda y heredera... y al mismo tiempo, busco la ayuda de un viejo amigo... y me entero de que, durante mi ausencia, ese amigo ha muerto asesinado... lo mismo que Orwell, mi esposo.

Siguió un silencio apacible. Era como si todo fuese allí manso, suave, melancólico y triste, con el agri dulce mismo de la tarde, allá en el exterior, en los setos y en los rectángulos del bien cuidado césped de la bella residencia en el distrito más florido y recoleto de Pasadena.

Las dos mujeres, dos estilos de femineidad, de belleza, de amargura, de soledad y de frustraciones, se contemplaron en esa pausa casi forzada, y a la vez tan sencilla y natural, dado el tema que intercambiaban en sus palabras.

—El destino de los seres humanos resulta extraño, fantástico, a veces inverosímil —murmuró Donna Garfield con lentitud. Entornó sus ojos, apretó los cálidos labios, como en una evocación dolorosa, a la vez tierna y entrañable—. Lee era un gran esposo. Un compañero ideal. Pero era algo más, señora Orwell. Era un hombre inteligente, audaz y decisivo para muchas cosas. Un personaje fundamental para determinadas gentes. Servía al Gobierno. A nuestro Gobierno.

—Lo sé. Trabajaba para alguna rama burocrática de un departamento federal de impuestos, o cosa parecida —suspiró Golda—. Me lo dijo una vez. Y oí hablar de ello a otras personas.

—Era muy diferente a lo que entendemos por un «funcionario eficiente», créame —objetó Donna, moviendo la cabeza de un lado a otro—. En realidad, sus tareas y responsabilidades no eran tan burocráticas como mucha gente pensaba.

—¿Ah, no? —enarcó las cejas Golda Orwell, sorprendida.

—Ahora ya no importa hablar de ello —Donna se incorporó, paseó por la estancia, cruzando sus brazos sobre el pecho, como abrazándose a sí misma, igual que si la tarde, en vez de ser tibia y tranquila, fuese fría y desapacible, más allá de las vidrieras de la amplia puerta balcón—. Está muerto, y los muertos no pueden hacer nada, bueno o malo. Pero Lee era un agente secreto, señora Orwell.

—¿Agente secreto? —los ojos de Golda revelaron asombro—. ¿Quiere decir... que era una especie de... de espía?

—No. No en ese sentido. Más bien contraespía.

—Contraespionaje...

—En cierto modo. Investigaba sucesos que pudieran atacar contra la seguridad del país y se ocupaba de impedir que muchas cosas funestas sucedieran. Casi siempre triunfó en ello y eso le hizo ser un miembro importante dentro de su organismo gubernamental. Uno de esos departamentos de oscuro nombre y profundas responsabilidades supranacionales. ¿Va entendiendo?

—Sí —Golda Orwell emitió un leve suspiro—. No supe nunca eso a ciencia cierta, pero sabía que había algo más de lo que aparentemente podía verse. Tal vez por eso he venido en busca de Lee Garfield.

—Creí que buscaba solamente al viejo amigo...

—Buscaba también al hombre capaz de ponerme en contacto con el Gobierno... pero no sin antes darme un consejo, una orientación...

—No la entiendo —ahora fue Donna quien enarcó sus cejas, con gesto interrogante.

—Señora Garfield, ¿qué puede hacer una mujer que ha enviudado el mismo día de casarse, cuando sabe que su esposo contrajo matrimonio para tener simplemente una heredera legal de sus bienes y negocios... y cuando está segura de que él fue asesinado extrañamente, en el camino de regreso, cuando sus asesinos ignoraban esa boda secreta y rápida, y por tanto, confiaban en que sus negocios fuesen a parar a un socio fácil de manipular incluso en los más sucios y turbios asuntos, ante la ausencia de familiares directos de la víctima?

Hubo otro silencio, muy distinto al anterior. Ahora, Donna Garfield no parecía ya melancólica ni triste. No parecía sentir sobre sí la amargura de la soledad de su hogar, sino la súbita tensión de una revelación sorprendente y dramática.

—Señora Orwell, amiga mía... —Donna fue hasta ella, apoyó cálidamente sus manos en los brazos de la bella visitante—. ¿Qué es lo que está pretendiendo decirme?

—Que Lyman fue asesinado por los que quieren convertir su negocio de buques mercantes y de cabotaje, en un procedimiento para servir a los mercaderes internacionales de la muerte, el horror y la guerra —dijo sordamente Golda Orwell—. Así me lo advirtió Lyman antes y después de casarse conmigo. Añadió que si encontraba la muerte, sería a causa de todo ello. Y yo debía de evitar que sus asesinos se salieran con la suya. Por eso vine a ver a Lee Garfield, señora. Porque solamente él podía ayudarme en este trance.

Donna respiró hondo. Sus ojos revelaron una profunda y angustiosa seguridad en algo. Sus palabras, una tremenda carga de violencia contenida, de incertidumbre y hasta de miedo:

—Mi querida amiga... —susurró, estremecida—. La comprendo. La comprendo muy bien. Y estoy asustada. Más asustada que nunca. Porque me temo... me temo que las personas mismas que mataron a su esposo...

fueron los asesinos de Lee Garfield.

* * *

La puerta de hierro esmaltado se cerró. Chirrió el pestillo por dos veces. Un perro ladró en alguna parte de la finca. Donna se quedaba sola con el fantasma de su esposo muerto, con sus recuerdos. Pero también con un fiero perro guardián. Evidentemente, algo había de cierto en sus palabras. Tenía miedo.

Agitó Donna Garfield su mano tímidamente. Se quedó allí, erguida en el sendero de gravilla de la finca. Golda Orwell, la joven viuda, despidióse a su vez de ella. Caminó por el sendero arbolado, que bordeaba la calzada de la alameda, hacia donde dejara aparcado su automóvil.

Abrió la portezuela, penetrando en el descapotable blanco. Observó al hombre que, apoyado de espaldas en uno de los sicomoros, fumaba calmosamente una pipa, hojeando con indiferencia un diario de la mañana.

Cuando metió la llave del encendido y zumbó el motor, el hombre bajó el periódico, la miró, y dio unos pasos hasta el bordillo. Vestía correctamente de oscuro, llevaba sombrero gris y tenía facciones graves, de hombre maduro e inteligente. Asomaban canas en sus patillas y sienes.

—¿Señora Orwell? —preguntó, tocándose el borde del ala de su sombrero, tras guardar el periódico doblado en un bolsillo de su americana.

—Sí —ella le miró, recelosa—. ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

—Pregunta rápidamente, señora —sonrió con suavidad el desconocido. Extrajo algo de otro bolsillo, y lo puso ante los ojos de Golda—. Departamento federal. Inspector-jefe Melvin Pyle. Era el superior de Lee Garfield.

—Ya —ella estudió fríamente la credencial. Parecía en regla y completamente legítima, pero no se fiaba de nada aparentemente. Estudió de reojo al hombre—. ¿Me vigila usted acaso, inspector?

—No, exactamente. Vigilaba la residencia de Garfield.

—¿Protegiendo a su esposa?

—En cierto modo. Estudio la vecindad también.

—¿La vecindad?

—Eso dije —asintió Pyle—. Hay un comentarista de la televisión, un actor de cine, una bella modelo publicitaria... Este distrito alberga personalidades del mundo del arte.

—¿Tienen ellos algo que ver con... con la muerte de Lee Garfield?

—Cualquiera puede tener algo que ver con eso —admitió Pyle con un resoplido. Estudió a la joven—. ¿Usted era amiga de Garfield?

—Sí —afirmó ella—. Entonces me llamaba Golda Darrell, y era soltera. Ahora soy de un hombre que fue mi marido durante tan solo unas horas...

—Lo sé. De todos modos, eso parece bastarle para ser heredera de sus

negocios y fortuna, señora Orwell.

—¿Eso me hace sospechosa de su muerte, tal vez? —le desafió ella, adusta.

—¿Sospechosa? —Pyle pareció desorientado. Luego sonrió, moviendo la cabeza con energía—. Oh, no, no me refería a eso...

—Entonces, ¿por qué está tan interesado por mí, hasta el punto de conocerme?

—Eso merece una explicación —señaló con la extremidad de su pipa al asiento inmediato a ella—. ¿Puede llevarme al centro de Los Ángeles?

—Por supuesto —aceptó ella—. Suba, inspector.

—Gracias —él subió al coche, acomodándose al lado de Golda, que puso en marcha su vehículo, alejándose alameda abajo, hacia el llano de Los Ángeles. Rodaron algún tiempo en silencio. Ella contemplaba fija la ruta, ante sí, sin parecer dispuesta a iniciar charla alguna. Por eso fue Pyle quien reanudó la conversación—. ¿Por qué vino a visitar a la viuda de Garfield?

—No conozco a la viuda de Garfield en absoluto. No vine a verla a ella, sino a Lee.

—¿Ignoraba lo de su muerte?

—Sí —afirmó ella, seca, sin mirarle.

—Fue asesinado —suspiró Melvin Pyle, retrepándose en el asiento del descapotable.

—Lo sé. Como mi marido.

—La muerte fue distinta. A su esposo le asesinaron utilizando un veneno subcutáneo muy activo, un producto químico especial, de escaso uso, inoculado en unos profundos arañazos epidérmicos, posiblemente por las uñas postizas de una mujer.

—Cierto —ella le miró de reojo fríamente—. ¿El Gobierno se ocupa de eso también?

—También, señora. Orwell era un hombre importante para el país. Y su negocio sobre todo, usted lo sabe.

—¿Cómo mataron realmente a Lee? —replicó ella vivamente con otra pregunta—. Su viuda me ha contado una fantástica historia sobre... sobre una muerte aparente que resultó ser auténtica.

—No es nada fantástico aunque lo parezca —musitó Pyle, pensativo, arrugando el ceño—. Nuestro departamento planeó salvar la vida de Lee Garfield, que sabíamos amenazada por la organización.

—¿La... organización? —irguió Golda la cabeza de oscuros, azulados cabellos movidos por el viento. Sus ojos destellaron agudos, al fijarse en Pyle.

—La llamamos así todos —aclaró el federal—. Es una asociación internacional de alcance mundial, de largos tentáculos. Una Supermafia diría yo. Supimos por un confidente, que luego resultó muerto

«accidentalmente», que la vida de nuestro mejor agente peligraba.

—¿Lee era el mejor?

—Sin duda alguna. Hay otros igualmente buenos en Europa, en Oriente Medio, en el sudeste de Asia, en el interior de África... Muchos de ellos han muerto ya, de sospechosos accidentes. Es un plan preconcebido para aniquilar a los hombres-clave de un sistema de contraespionaje mundial, encaminado a asegurar nuestros intereses en el orbe entero. A Lee intentamos desesperadamente salvarle.

—Su esposa no está muy conforme con ese modo de ver las cosas, inspector —replicó secamente ella—. Dice que al fingir su muerte, la provocaron y precipitaron por alguna causa que aún no ha entendido, por algún error de ustedes mismos...

—Tal vez tenga razón en parte —Pyle se encogió de hombros, apático, con la mirada perdida fríamente en a distancia, mientras el rápido coche de Golda penetraba ya en los bellos arrabales residenciales de Los Ángeles—. Pero solo en parte. Había un plan diabólico para asesinar a Lee Garfield, incubándose en alguna parte. El mejor recurso era fingir que él había muerto de un colapso. Así se hizo por medio de unas tabletas especialmente elaboradas en nuestros laboratorios, señora Orwell. Todo debía funcionar bien. Garfield estaba de acuerdo en el juego. La trampa contra un hombre vivo, no puede utilizarse contra un muerto. Esa era la idea. Pero falló. Falló por alguna razón que se me escapa. Y cuando intentamos resucitar a Garfield conforme al plan convenido, nos encontramos con que estaba realmente muerto. La trampa funcionó igual... solo que para un hombre muerto.

Hubo un silencio profundo. Ella condujo hábilmente, hacia el centro del denso tráfico ciudadano. Sin mirar al agente del Gobierno, habló entre dientes:

—¿Cómo fue? Supongo que le habrán hecho la autopsia, que aparte aquellas tabletas, habría alguna otra causa, un medio, el vehículo auténtico de su muerte verdadera, inspector.

—Lo hubo —convino secamente Pyle. Chupó la pipa, pensativo. Y añadió, conciso—: Un veneno también. Alguien se lo inoculó durante su muerte aparente. No hay otra explicación. Un activo veneno vegetal, debidamente clasificado ya por nuestros químicos. Por eso vigilamos la vecindad. Mientras estuvo muerto en apariencia, hubo visitantes de las residencias inmediatas. Alguien pudo ser algo más que un simple vecino que va a dar su testimonio de condolencia. Y aprovechó el instante para inyectar al supuesto muerto el veneno, sin ser advertido, por medio de algún procedimiento rápido, silencioso y eficiente. Si Garfield estaba realmente muerto, nada perdían con ello. Si todo era una estratagema, conseguían realmente su objetivo de la forma más impune imaginable, señora Orwell.

—Entiendo —tras detenerse ante el rojo fulgor de un semáforo, puso en marcha el coche ante el guiño del ámbar, para avanzar cuando el paso tuvo el verde favorable. Rodó a menor velocidad por Wilshire Bulevar—. ¿Dónde le dejo, inspector?

—Por favor, señora Orwell, lléveme al edificio del departamento federal —pidió Pyle—. De paso, suba conmigo un momento. Verá algunas cosas relacionadas con el asesinato de su esposo... y el de Lee Garfield.

—Gracias. Subiré, inspector —le miró, al detenerse ante otro semáforo en rojo—. ¿Usted piensa también como la señora Garfield? ¿Cree que los asesinos de Lyman Orwell y de Lee Garfield son los mismos?

—La organización... —Pyle se mordió el labio inferior. Afirmó despacio —: Sí, es muy posible. Oficialmente, eso es solo una idea de la señora Garfield, pero es muy posible...

Indicó luego a Golda qué camino debía seguir para llegar al edificio de las oficinas del Gobierno en Los Ángeles. Así lo hizo ella. Finalmente, aparcaron en una amplia zona repleta de coches, y penetraron en el edificio gris, de vidrio, aluminio y cemento, destinado a las dependencias federales en la más importante ciudad de California.

Penetraron juntos en el mismo. Un ascensor les subió a una de las últimas plantas. Allí, otro ascensor privado, para uso exclusivo del personal interior del edificio, les descendió de nuevo, esta vez al subsuelo. Y allí, Melvin Pyle y su acompañante cruzaron una serie de dependencias, puertas y corredores, hasta una zona donde era preciso proveerse de un pase especial de seguridad, para penetrar en un sector estrictamente prohibido a quienes no llevaran consigo ese permiso. Golda estaba sorprendida y desorientada por tanto misterio y tanto procedimiento de seguridad. Por fin, otro ascensor les llevó a una segunda planta inferior, en la zona de máxima seguridad del subsuelo del edificio. Ya no pudo contener su curiosidad:

—Inspector, ¿qué sucede? —indagó—. ¿Adónde me lleva ahora?

—La respuesta está ahí, señora Orwell —habló Melvin Pyle afablemente, señalándole una última puerta, protegida por un agente armado, de uniforme. Mostró a este sus credenciales, y les dejaron entrar. La puerta se cerró tras ellos.

Golda y el inspector se encontraron en una cámara rectangular, confortable, provista de muelles asientos, muebles modernos, biblioteca, televisión y mueble-bar. Al fondo, otra puerta comunicaba con alguna otra dependencia.

—¿Y bien...? —musitó Golda, perpleja, cambiando una mirada interrogante con Pyle.

Él no respondió. No hizo falta. La puerta del fondo acababa de abrirse suavemente. Alguien entró en la estancia, en mangas de camisa. Su voz habló jovialmente:

—Golda, amiga mía... Me alegra mucho verte.

Ella le miró. Increíble, atónita. Su rostro perdió el color. Vaciló sobre sus piernas.

—¡Dios mío...! —musitó roncamente—. ¡Tú...! ¡Lee... Lee Garfield...!

Luego, se hubiera desplomado en el alfombrado, blando suelo, de no recogerla el inspector Pyle en sus brazos, muy oportunamente.

CAPÍTULO IV

No había sido un sueño. Ni una alucinación.

Lo comprobó al despertar de nuevo. Al clavar sus ojos en el rostro inclinado sobre ella, sonriente y solícito.

—¿Te encuentras mejor, Golda? —preguntó él.

Y Golda Orwell supo en ese momento que todo era cierto. Que Lee Garfield vivía. Que estaba allí, ante ella. Tal como siempre fue él. Firme, esbelto, atractivo, fuerte, lleno de seguridad en sí mismo, de inteligencia, actividad y energía.

—Lee... —jadeó, débilmente—. No es posible...

—Debes disculpar al inspector —sonrió él con suavidad—. Es un hombre que hace las cosas a su modo. A veces es demasiado brusco. Debí advertirte primero. Eres una muchacha fuerte, pero... todo tiene su límite.

—Lee, no puedo entenderlo... Tu mujer... me contó lo sucedido. Vi los periódicos atrasados, leí las esquelas, supe lo ocurrido con detalle... —musitó Golda—, tú estás muerto, Lee Garfield...

—Creo que no —rio él entre dientes—. Te aseguro que soy completamente sólido y material. No estás ante un fantasma, Golda.

Ella le rozó con sus dedos, trémula, acaso para percatarse de ello, para confirmar lo que él decía. Rozó su camisa, sus brazos. Se estremeció, entornando los ojos.

—¡Dios mío, no entiendo! —jadeó—. No entiendo nada...

—Nadie lo entendería al principio —admitió Garfield—. Pero todo es mucho más lógico y razonable de lo que parece.

—Tu mujer fingió tan maravillosamente... Cualquiera la hubiera creído a pies juntillas, Lee...

—Es que ella no fingió —le rectificó Garfield, con tono grave.

—¿Qué quieres decir? —susurró Golda, incorporándose en el blando sofá donde yacía.

—Donna cree realmente que yo estoy muerto.

—¡Cielos, no...! No puede ser posible tanta crueldad, Lee. Es... Es tu esposa...

—Lo sé —hubo una repentina amargura en el gesto de Garfield al inclinar la cabeza y respirar hondo—. ¿Crees que no pienso en ello mil veces?

—Resulta... monstruoso.

—Resulta inevitable, Golda. Tenemos que hacerlo.

—Pero ¿por qué, Lee? ¿No confías en tu propia esposa?

—No es eso, Golda. Es que si ella supiera que yo aún vivo, no podría fingir tan perfectamente como para convencer a nadie de su dolor, de su soledad. Hay gentes demasiado astutas para engañarlas fácilmente. Creo que en estos momentos, muchos ojos están haciendo virtualmente una disección absoluta y fría de todas las reacciones, gestos y movimientos de Donna. Hay teleobjetivos para filmar y fotografiar a una persona sin que se advierta. El menor error, la menor relajación de ella en una ficción sostenida y difícil, daría la pista a la organización. Sabrían que Lee Garfield vive aún. Donna es su medio de averiguarlo, de estar seguros. Ella no podía saber que yo estoy vivo, porque inmediatamente lo sabrían ellos, los que decidieron mi muerte. ¿Te das cuenta, Golda?

—Voy entendiendo, pero aun así resulta horrible...

—Claro que resulta horrible. Piensa que quien me inoculó el auténtico veneno, lo hizo en mi propia casa, aprovechando el sueño de mi muerte aparente. Solamente vecinos de la zona en que residimos Donna y yo pudieron llegar hasta mí. Uno de ellos tuvo ocasión para inyectar rápidamente en mi cuerpo la dosis fatal. ¿Quién? La persona que haya sido, vigila estrechamente a Donna, no te quepa duda.

—Pero entonces, si la historia del veneno fue cierta... ¿cómo es posible que estés vivo, Lee?

—Es una complicada historia —sonrió Garfield, pensativo, paseando por la estancia, endureciendo súbitamente sus facciones—. Creo que si Pyle no hubiera pensado realmente en todo, yo estaría ahora muerto, sin lugar a dudas. La trampa funcionó igual, pero Pyle y los demás pensaron también en esa posibilidad. Y yo mismo, aunque no se lo revelé a nadie, ni siquiera a Donna. Por ello las píldoras de la muerte aparente eran, a la vez, una especie de vacuna, de antídoto previo contra cualquier veneno de tipo epidérmico, intravenoso o intramuscular, que era el que podía aplicarse a un aparente cadáver. Resultó difícil conseguir un producto así, pero los laboratorios no tienen actualmente límites en sus investigaciones. Pudo haber resultado todo negativo, es cierto. El riesgo de muerte real era de un cincuenta por ciento. Resultó favorable a mí, y salí con bien de todo. Cuando me volvieron a sepultar, ya no era mi cadáver el inhumado, sino otro lo más semejante posible, tras la pretendida autopsia.

—Es como una fantasía, Lee... Un imposible.

—En el campo de la Ciencia nada es imposible. Se lucha contra los métodos de muerte, y cuando estos se prevén debidamente, los antídotos pueden ser tan eficaces o más que el propio veneno. Siempre queda un margen de riesgos, pero eso es inevitable.

—Y ahora... estás vivo, Lee. Vives, sin que nadie lo sepa, fuera de este edificio.

—Nadie, excepto tú —sonrió Lee, mirándola con expresión enigmática.

Golda se estremeció. Súbitamente, pareció darse cuenta del alcance de

esa revelación. Miró muy fija al agente del Gobierno que parecía haber surgido de entre las sombras eternas, de regreso a la vida.

—Lee... —musitó—. ¿Por qué yo?

—Siempre fuimos buenos amigos. Me buscabas para confiarme algo. Y me has encontrado, Golda.

—Yo podría ser... un miembro de la organización.

—Sí, podrías serlo —convino Garfield.

—Incluso podría ser responsable de la muerte de Lyman, para heredar sus bienes, su negocio...

—Ya lo hemos pensado, Golda.

—¿Y...?

—Y hemos llegado a una conclusión: quien mató a Lyman Orwell, no lo hizo para obtener sus bienes y riquezas, sino para dejar el negocio en manos de un elemento fácil de manejar como es su socio, Rubee Shapiro.

—De modo que yo no soy sospechosa.

—No, no eres sospechosa —rio entre dientes Lee—. Lyman se casó contigo apresuradamente, porque temía por su vida. La organización le había planteado su ultimátum, eso es obvio. Y él, ante el miedo a morir, dejando todo en manos de Shapiro, optó por buscarse desesperadamente una heredera. Pensó en ti... y se casó. Supongo que te lo diría.

—Sí, Lee —confirmó Golda—. Me lo dijo. Te voy a revelar algo; ni siquiera llegamos a iniciar una auténtica luna de miel. Quiero decir que yo... yo y él... no tuvimos nada íntimo siquiera.

—Entiendo. Os casasteis, él volvió a Los Ángeles... y una mujer le asesinó por el camino.

—Eso es. En realidad, es como si continuara soltera, Lee. Solo que he heredado unas responsabilidades, junto con algo como la fortuna de Orwell que... que me pregunto si tengo el menor derecho a poseer.

—Legalmente, tienes todos los derechos —sonrió Lee, sentándose frente a ella—. Pero también todas las obligaciones. Tú me entiendes, ¿no?

—Claro que te entiendo, Lee —ella respiró hondo—. Debo negarme a que se firme compromiso alguno de transporte con la organización.

—Exacto. Y si Shapiro lo firma, es ilegal y el Gobierno se incauta de sus barcos y de su empresa. Esa es la situación. Tú manejas las riendas del asunto ahora. Orwell eligió a una muchacha enérgica, combativa y astuta como tú. Hizo bien. Salvó a su empresa de caer en manos de los traficantes de la muerte.

—De modo que todo cuanto temía Lyman es cierto... y por eso fue asesinado.

—Sí, Golda —confirmó Garfield sombrío—. La organización tiene sus métodos especiales. Acostumbra a utilizar mujeres como «ejecutoras». Una mujer mató a Orwell, utilizando unas largas uñas postizas, posiblemente metalizadas, con el veneno en ellas. Unos profundos arañazos inculcaban

la muerte a su víctima, Orwell se dejó ganar por la seducción de alguien. No sospechó que le enviarían una bella mujer para matarle. Y pagó su error.

—Lee, ¿qué pretende realmente la organización... con el negocio de Lyman?

—¿No te lo dijo él?

—Me lo dio a entender, simplemente. Pero no fue muy explícito en ese punto. Dijo que ellos pagaban bien por asociarse a sus maniobras. Pero que cada dólar estaba manchado en sangre inocente, en el dolor y las lágrimas de los pueblos... No alcancé a entenderle bien aunque imaginé que era algún delito internacional de gran alcance, como un tráfico de drogas, de armas o algo así...

Lee Garfield afirmó despacio. Se puso nuevamente en pie. Hundió las manos en los bolsillos de su pantalón. Recitó lentamente, dando paseos por la estancia:

—Armas. Sí, Golda, armas. Pero es más, mucho más. No se trata solamente de un vulgar envío de armamento a un país subdesarrollado, sino de algo infinitamente más trascendente y terrible.

—¿Cómo qué, Lee?

—Como llenar de armamento moderno, munición y toda clase de elementos de combate, transportados bajo la apariencia de inofensiva mercancía, en los barcos de la empresa de Orwell y Shapiro, rumbo a determinadas costas de Centro y Sudamérica. Ahora se trata de un país donde un general llamado Héctor Mayo quiere ocupar el poder. Y lo ocupará, porque le apoyan fuerzas específicas de nuestro país. Fuerzas económicas y políticas muy importantes, de la extrema derecha norteamericana. Héctor Mayo será la dictadura de un país que, rápidamente, dispondrá de medios para invadir otro país vecino, socialista, y con ello se desencadenará una guerra en la que, posiblemente, por unos convenios de mutua defensa, se vean obligadas a intervenir grandes potencias socialistas, con misiles, armas de cabeza nuclear y todo ello. A su vez, inevitablemente, nuestro Gobierno se verá obligado a intervenir contra esa represalia.

—Sería la guerra mundial, Lee...

—Exacto. La guerra mundial. En el mejor de los casos, eso no sucedería, pero el continente americano, en el centro o en el sur, se cubriría de sangre. En el peor de los casos, grandes *trusts* financieros e industriales, organizaciones políticas de los movimientos ultra, y entidades como la Steel Amalgamated y la International American Oil, ambas controladas por una misma entidad secreta, por los mismos *trusts* agrupados, subirían como la espuma, obteniendo fabulosos beneficios. Es un juego de altas finanzas, cimentado en montones de cadáveres. Una vieja historia eterna, que se repite día a día en todos los lugares del mundo,

desde el Congo a Vietnam, y desde Oriente Medio a Corea. Eso estamos tratando de evitar desesperadamente. Si la organización obtiene el control de la flotilla de mercantes que Orwell y Shapiro poseen dispersos por los puertos del continente americano, para cargarlos, lejos de la acción de los guardacostas y de la Flota norteamericana, con todo el armamento, munición y material bélico que precisa Héctor Mayo ahora, como mañana lo precisará otro dictador semejante, que convenga a sus intereses, estaremos a un paso de la conflagración mundial, con todas sus espantosas consecuencias. Y eso, solo porque conviene a unos políticos, financieros e industriales que se beneficiarán de ello, sin pararse en cifras de muertos, pagando altos dividendos a la colaboración criminal de una entidad como la organización, que sirva a sus intereses.

—De modo que esa es la situación. Y ese es el motivo de la muerte de Lyman... y el motivo de que decidieran matar a Lee Garfield, cosa que estuvieron a punto de conseguir...

—Sí, Golda —afirmó gravemente el agente del Gobierno—. Esa es la situación.

—¿Y ahora...?

—Ahora que para todos estoy muerto... ha llegado el momento de actuar. Y para eso, necesito una colaboración muy especial.

—¿Qué colaboración, Lee?

—La tuya —respondió concisamente el federal—. Como tú necesitarás la mía. Porque de otro modo, Golda... ellos van a terminar contigo. Estás virtualmente sentenciada.

* * *

—Sentenciada, sí. Esa mujer está sentenciada. Tiene que morir. Sin pérdida de tiempo, ¿entienden?

Los que escuchaban, entendieron. Al menos, asintieron todos en silencio, cambiando miradas de preocupación e inquietud.

La asamblea tenía lugar en el más amplio camarote del yate de lujo, y también en el más luminoso y alegre de todos, completamente rodeado de vidrieras que asomaban a la piscina de a bordo, oblonga y azul límpida, a un pequeño frontón y a un solárium en la cubierta del suntuoso navío de placer.

Pese a la luz radiante de alta mar, que penetraba en la amplia cámara de juntas, el hermetismo de esta era absoluto. Los vidrios eran a prueba de ruidos, de fibras especiales, blindados y de total seguridad. Fuera, hombres uniformados de gris, armados de fusiles ametralladores, rondaban vigilantes, protegiendo al importante grupo de personas citado a bordo.

Personas todas ellas que, bajo la presidencia del gordo, femenino Napoleón Morningstar, hubiesen provocado el asombro de muchos altos cargos de la seguridad nacional de los Estados Unidos, al descubrir que

semejantes personalidades de la política, las finanzas, la vida pública y toda clase de especialidades del más brillante mundo social, económico e industrial de la nación, constituyeran, junto con ilustres extranjeros de no menos prestigio, poder e influencia, la auténtica asamblea suprema de la organización.

Pero afortunadamente para los miembros de aquel alto comité, y por desgracia para los sistemas de seguridad y de protección de los Estados Unidos y de muchos otros países, nadie podía penetrar en el secreto de aquel yate, aparentemente inocente, navegando frente al litoral norteamericano, más allá de los límites jurisdiccionales de sus costas, a bordo del cual se había reunido la élite de la delincuencia organizada internacional.

Y el motivo de la alta asamblea era uno solo: Votar por la ejecución de una persona que dificultaba los proyectos de la organización y se oponía a sus intereses.

Esa persona, acababa de ser mencionada poco antes por la voz atiplada, ridícula, de Napoleón Morningstar. Una voz de la que nadie se reía allí, porque todos los miembros de la asamblea sabían que, tras la apariencia gordinflona, fofa y feminoide del rico propietario del yate, se ocultaba una mente lúcida, fría y despiadada, al servicio de los supremos intereses de la organización.

Las palabras de Morningstar habían sido precisas, claras y tajantes:

—Nuestros agentes en California informan sobre la situación. El convenio no pudo llevarse a efecto. Rubee Shapiro, actual ejecutivo de la Merchant Ships of the Western Coast, iba a firmar. Pero la heredera inesperada de Orwell, su viuda Golda Orwell, legalmente casada con él en la misma fecha de su muerte, se ha negado en redondo. Y está en su derecho al hacerlo. Por tanto, Golda Orwell estorba a nuestros planes. No se dejará sobornar ni coaccionar. Orwell dispuso una maniobra maestra al verse en peligro. Ella no cederá.

—¿Por ninguna suma? —preguntó uno de los asistentes.

—Por ninguna suma.

—¿Bajo ninguna amenaza?

—Bajo ninguna amenaza. Golda Orwell fue de soltera Golda Darrell, amiga del federal Lee Garfield, a quien eliminamos oportunamente. Tenemos su historial. Es dura, agresiva, audaz y nada impresionable. Prometió a Orwell defender su empresa de nuestras ofertas, y lo cumplirá... mientras viva.

—¿Y si muere...?

—Si muere, Shapiro volverá a ser el único responsable. Ella no tiene familia.

—Entonces, no se hable más —terció otro de los presentes—. Debe ser ejecutada.

—Conforme —suspiró Napoleón, melifluo—. Pero sometamos el asunto a votación, caballeros. Será lo mejor.

Se procedió a votar secretamente. El recuento de votos fue decisivo. Por unanimidad, la decisión había sido tomada por la asamblea de la organización.

Golda Orwell estaba sentenciada a muerte. Debía morir sin pérdida de tiempo.

—Proceda como es norma en tales casos —invitó uno de los presentes a Morningstar—. Es usted quien resuelve en ello. Elija la persona idónea para ejecutar, y termine el asunto lo antes posible.

Napoleón Morningstar asintió despacio con la cabeza. Su voz aguda, feminoide, sonó con helada dureza:

—Está resuelto, caballeros. Habrá dos ejecutores esta vez, para estar seguros de que el golpe no falla. Como de costumbre, serán dos mujeres. Dos de nuestras mejores especialistas en matar; una es Naomi, la que terminó con Lyman Orwell. La otra... es la ejecutora real de Lee Garfield.

—Por cierto que siempre tuvimos curiosidad por saber quién se ocupó de ese asunto —terció un importante miembro de la asamblea, inclinándose hacia Napoleón Morningstar—. ¿Puede revelarnos ahora la identidad de la persona ejecutora de Lee Garfield?

—Sí —sonrió Morningstar. Respiró hondo, mantuvo una pausa, y terminó hablando con voz aguda—: Fue también una mujer, como ya les dije: la bella pelirroja Wanda, modelo publicitaria y *pin-up girl* muy sexy, vecina de Lee Garfield en Pasadena. Ella era la agente encargada de espiar y vigilar a nuestro hombre hasta morir. Y ella se cuidó de la auténtica ejecución de Lee Garfield, pese al ingenioso truco de los federales...

* * *

Las dos mujeres cruzaron una mirada.

—¿Todo a punto? —preguntó la rubia platinada de exuberantes formas bronceínas, apenas envueltas en las dos diminutas piezas de un bikini rojo escarlata.

—Todo a punto —asintió la curvilínea pelirroja de bikini estampado con el dibujo y color de la piel de un leopardo.

Las dos sonrieron. Sus cuerpos turgentes, auténticas sinfonías de curvas mareantes, moviéndose perezosas bajo la luz del sol, brillaban como si fuesen de vivo metal bronceado, allí entre gaviotas, azul con olor a yodo y salitre, y agitados sus cabellos brillantes por la brisa marina, limpia y fresca.

Luego, dirigieron sus miradas a la embarcación a motor que se movía por el canal, frente a la costa californiana de Long Beach, abriendo la superficie de las aguas con un largo surco espumeante que parecía una

cuchillada rectilínea en el Pacífico.

La mancha blanca y verde de la bella canoa deportiva estaba cada vez más próxima, procedente de los astilleros y fondeaderos donde se hallaban en reparación algunos de los barcos de carga de la flotilla de Shapiro y Orwell. Se acercaba, rugiendo su poderoso motor, hacia los islotes de Santa Bárbara, y dos personas, a bordo de la embarcación, parecían ignorar totalmente que su propia velocidad les llevaba directamente hacia la muerte.

La muerte, encarnada sorprendentemente por dos bellas mujeres de formas insultantes y agresivas. La muerte, en las manos de dos damas de apariencia lasciva y sensual, tendidas en las doradas arenas del islote donde un embarcadero, propiedad de Orwell, acostumbraba a acoger los barcos más ligeros y modernos de la empresa naviera.

Dos mujeres, Naomi Sutton, platinada y opulenta; Wanda Moore, pelirroja y cargada de sexy violento y agresivo. Dos frías ejecutoras. Dos bellas asesinas que no conocían la piedad, educadas y preparadas para matar.

—Solamente ella debe morir —musitó despacio Naomi, desperezando lascivamente su figura sinuosa, ondulante—. Recuerda esto, Wanda. Solo la mujer. Shapiro debe quedar con vida para ser el dueño único de la empresa...

—Lo sé —afirmó Wanda secamente—. Espero que sea fácil hacerlo así.

—Lo será. No debemos fallar. El que fracasa en nuestro oficio, no tiene otra oportunidad después; tú lo sabes.

—Claro. No necesitas recordármelo, Naomi. No soy tan experta como tú, pero tampoco he fracasado.

—Eso es cierto —sonrió irónica Naomi, acariciando su sedosa melena color plata—. Lo de Garfield estuvo bien. Fue un buen trabajo, Wanda.

La modelo publicitaria de Hollywood no hizo comentario alguno. Rápida, señaló ante sí, al azul sobre el que brincaba la esbelta línea blanca y verde de la canoa motora de Shapiro.

—Cuidado —avisó—. Ya está en el punto adecuado. ¿Shapiro sabe algo?

—Shapiro sabe lo justo —los ojos de Naomi se convirtieron en helados lagos insondables y despiadados, fijos en la embarcación—. Cuando llegue a la boya roja, deberá tirarse al mar. Es todo.

Wanda clavó su mirada en el mar. La boya flotaba mansamente, a no muchas yardas ante la aguda proa de la embarcación deportiva. Dentro de unos segundos alcanzaría su nivel. Y Shapiro, conductor de la canoa, se lanzaría al agua entonces, dejando sola a Golda Orwell en la canoa.

Ese sería el momento. El momento preciso para morir...

Una radio a transistores emitía músicaailable, junto a los dos cuerpos turgentes y bronceados, tendidos en la playa del islote. La mano de Naomi

tomó el aparato, cuando ya su compañera pelirroja asestaba unos poderosos binoculares sobre la canoa en marcha.

—Bastará oprimir el interruptor en la dirección adecuada —musitó suavemente la platinada asesina, acariciando la radio junto a su rostro de helada sonrisa—. El sistema de detección actuará justo en su momento. Adelante, Wanda. Dispara.

La pelirroja bajó los binoculares, con gesto tirante, frío y sin clemencia. Abrió una bolsa playera. Extrajo un rifle desmontado. Lo montó rápidamente. Era un rifle especial, de cañón de gruesa boca. Una poderosa mira telescópica aparecía montada sobre el cañón.

Una vez enroscada la culata, apoyó esta en su desnudo hombro. Sus ojos descubrieron las dos líneas perpendiculares, graduadas, coincidiendo en la lente, con la canoa ya próxima a la costa del islote. Afinó la puntería. Esperó unos segundos. La boya estaba muy cerca de la proa.

Apretó el gatillo.

El arma, silenciosa, emitió un leve chasquido nada más. Brotó un sibilante proyectil transparente casi, de forma cónica. Por la mira telescópica, sus ojos descubrieron el extraño objeto disparado, adhiriéndose exactamente sobre la proa de la embarcación, ante el vidrio curvo de su parabrisas. Tras este, los rostros de Shapiro y de Golda. Ella confiada, risueña, al viento su cabello, húmedo su rostro hermoso. Él, pálido, nervioso, preocupado, mirando de soslayo a la boya roja...

—Ya está —dijo satisfecha Wanda, bajando el extraño rifle y desmontándolo de nuevo—. Se adhirió a la embarcación. Justo ante Golda Orwell.

—Bien. Ya llegan a la boya. Shapiro se va a lanzar al agua —musitó Naomi, sonriendo diabólicamente. Cerró el dial de música. Apoyó los dedos en el interruptor rojo de la radio a transistores—. Cuando baje el botón, el explosivo concentrado, de nitroglicerina, con la célula electrónica incorporada, que acabas de clavar en la embarcación, estallará bajo el efecto de la onda eléctrica que emitirá esta supuesta radio. Y la canoa, con ella, volará por los aires, reventando e inflamando el combustible de a bordo. Para todos, será un accidente, desgraciado. Y Shapiro alcanzará a nado este islote, en tanto nosotras nos vamos de él con nuestro equipo de inmersión...

—Adelante, Naomi. Ahora es tu tarea —suspiró Wanda—. ¡Mira! Shapiro se ha lanzado ya al agua...

Era cierto. El socio de Orwell se arrojaba inesperadamente al mar. Golda le contemplaba con aire aparentemente desconcertado y confuso. La canoa siguió vertiginosa hacia adelante. Shapiro nadó hacia la boya escarlata.

—Solo cinco segundos más... y ¡boom! —rio entre dientes, perversa, Naomi Sutton.

Sus labios rojos, gordezuelos, húmedos y sensuales, golosos y malignos, comenzaron la cuenta implacable. El dedo manicurado, bronceado, tembló sobre el interruptor rojo del emisor eléctrico de muerte...

CAPÍTULO V

Golda Orwell se llevó una gran sorpresa cuando Rubee Shapiro brincó ágilmente por encima de la borda blanca, de franja verde, de la esbelta y rápida canoa motora, sumergiéndose con una zambullida violenta en las revueltas aguas que abría con la cuchilla vertiginosa de su proa la embarcación deportiva.

Antes, había observado ya el nerviosismo de Shapiro, durante el viaje desde los astilleros y fondeaderos de reparación de los mercantes de la empresa, hacia el embarcadero del islote, en Santa Bárbara, siguiendo aquel rutinario viaje de inspección y control al que había sido invitada por Shapiro, y que aceptara ella, tras consultar secretamente con Lee Garfield, siguiendo las instrucciones estrictas y severas de este.

La aprobación de Lee a tal viaje, le había tranquilizado. Era como si el federal al que todos creían muerto, no hallase razón alguna para temer un peligro en aquella revisión de las instalaciones de la Merchant Ships of the Western Coast, que ahora pertenecía a Golda en la proporción de un cincuenta por ciento.

Y, de repente, Shapiro, tras estar mirando inquietamente en derredor, muy en especial hacia la roja forma flotante de la boya que marcaba los arrecifes peligrosos del islote, para las embarcaciones de mayor calado, había hecho aquello; arrojarle al mar inesperadamente, nadando con fuerza hacia la boya, alejándose de la embarcación lanzada hacia las playas rodeadas de arrecifes y vegetación, no lejos del embarcadero de moderna factura, construido por iniciativa de Lyman Orwell.

Siguieron unos momentos de incertidumbre, de duda, de desorientación y temor. Golda no supo lo que podría suceder, pero su instinto le dijo que no era nada bueno, y tal vez Shapiro sabía de antemano cuál era el riesgo...

En suma, el viaje en apariencia rutinario, era una trampa.

Una trampa para ella. Quizá mortal.

Lee lo había dicho: «Virtualmente, estás sentenciada. Te matarán en cuanto puedan. O, al menos, van a intentarlo muy en serio, Golda...»

Y lo iban a intentar. Esto formaba parte del plan. Estaba segura. Aunque era tal vez demasiado tarde para hacer nada que pudiera evitarlo...

Se inclinó sobre el timón, viró la ruta de la canoa, dando vuelta al volante, en un esfuerzo exasperado por eludir una trayectoria que quizá terminaba en la muerte. Golda no podía saber que eso nada significaba, y

que fuese adonde fuere la embarcación, la muerte iba con ella. A bordo. En la forma invisible casi de una cápsula transparente, adherida a la cubierta de fibra plástica, frente a su propio rostro, más allá del curvo parabrisas salpicado de agua pulverizada...

Todo lo que siguió fue tan vertiginoso, tan brusco, tan inesperado, que Golda no pudo entenderlo, ni siquiera darse exacta cuenta de lo que sucedía, pese a ser ella protagonista del suceso.

La embarcación sufrió una brusca sacudida. Algo, alguien, una forma azul, lustrosa, chorreando agua, un rostro enmascarado por unas grandes gafas submarinas, un casco de goma y un tubo de respiración unido a los amarillos cilindros del oxígeno respirable que pendían de la espalda del personaje, surgió de entre las aguas, entre una catarata de espuma.

—¡Al fondo, Golda! —rugió, soltando el tubo respiratorio—. ¡Sumérgete!

Y volcó la embarcación, haciendo violenta presión en su borda. Dio una voltereta la frágil canoa, y Golda, tras tomar aire, impetuosa e instintivamente, se vio proyectada a las aguas, se hundió en el azul burbujeante, mientras sobre ella, en la superficie, una formidable llamarada acompañaba a un estampido aterrador, y oleadas de espuma, aguas agitadas, corrientes encontradas y tumultuosas, zarandeaban su cuerpo, la lanzaban de un lado para otro, y la canoa, convertida en jirones, en fragmentos de plástico, metal y vidrio, se quedaba flotando en la superficie, como residuo trágico de un siniestro aterrador.

Golda, aturdida, vacilante, abrió la boca, falta de aire en sus pulmones, sin darse cuenta siquiera de que aquello era morir, engullendo agua hasta la asfixia total...

* * *

De nuevo la forma azul, viva y elástica, significó la diferencia entre morir y vivir.

Otra vez aquella figura musculosa, envuelta en el brillante azul de la goma de un traje de inmersión, la rodeó protectora, y a su boca abierta acudió, urgente, la succión de ventosa de un cono de goma, unido a un tubo articulado, que terminaba en las amarillas cápsulas de aire respirable.

Golda, en vez de tragar agua para morir, sintió su pecho repleto de oxígeno vivificador. Y los brazos viriles, férreos, la rodearon, ayudándola a sumergirse, a nadar en inmersión, siempre más y más lejos del lugar del desastre.

A su alrededor, en la azulada luminiscencia fantástica de la profundidad, peces asustados, multicolores, corrían en bandadas. Burbujas de aire giraban en torbellino, perdiéndose entre algas, corales, mariscos y arrecifes profundos. Un lecho arenoso apareció ante ellos, y siempre

ayudada por su providencial amigo, Golda se vio subiendo ahora, subiendo en vertical hacia la superficie, compartiendo el aire con el submarinista, a la vez que unía su propio esfuerzo físico al de él, para no fatigarle tanto en su afán de rescatarla a cualquier peligro submarino.

Cuando emergieron, una pequeña cala rodeada de rocas y vegetación estaba ante ellos. Golda respiró hondo, chorreando agua, bajo el sol, y en la superficie ya del Pacífico. Miró al submarinista. No se sorprendió al reconocerlo, a través de su casco de goma azul y su máscara.

—Lee... —jadeó—. ¿Tú sabías...?

—Solamente lo sospechaba. Os seguía, buceando muy cerca. Vi lo que hacía Shapiro, y supe que era el momento. Hubieras volado con la embarcación —jadeó Garfield, pisando ya la arena y las rocas cubiertas de verdor marino. Las olas, mansas, rompían entre sus pies calzados con aletas de un vivo azul cobalto. La acompañó hasta un recodo, apoyándola en la arena y haciéndola recostar en las rocas verdosas, con olor a salitre y mariscos—. Mis gafas de inmersión llevan un sistema de binoculares bastante potentes. Vi dos mujeres en la playa del islote, ahí tras esas rocas.

Golda miró al muro rocoso que él señalaba, uno de los que encerraban la angosta cala arenosa.

—¿Qué tiene eso que ver? —musitó—. Muchas chicas vienen a bañarse aquí...

—Esas dos no se bañaban. Una utilizaba binoculares. Y un rifle muy raro. Creo que disparó algo sobre la canoa, posiblemente una carga explosiva que funcionó de algún modo, retardada, dando tiempo a Shapiro a ponerse a salvo.

—¿Él sabía... entonces...?

—Tenía que saberlo. Shapiro es a quien manejará la organización, si a ti te pasa algo —suspiró Lee, subiendo sus gafas de inmersión de doble vidrio, uno normal y otro binocular—. Ellos no sacrificarían a su mejor colaborador, estoy seguro.

—Cielos, Lee, ¿qué haremos ahora, si nos descubren ellas? Deben ser ejecutoras...

—Claro que lo son. No vamos a esperar que nos descubran, sino a atacarlas antes de eso.

—¿Atacarlas? Pueden matarte, Lee...

—Matar es su oficio —sonrió duramente el agente del Gobierno—. Pero no saben lo ocurrido. Yo volqué la canoa por la borda opuesta a su posición. Debieron creer que todo coincidía, vuelco y explosión. Te creen muerta. No me vieron. Ahora sí van a verme...

—Lee, ten cuidado —suplicó Golda Orwell, preocupada, tomándole por un brazo.

—No te preocupes. Descansa aquí. Creo que volveré enseguida.

Se cubrió con las gafas y aplicó el tubo de oxígeno a su boca. Luego

volvió a sumergirse, entre un remolino de espuma. Golda contempló la superficie azul, entre arrecifes. Lee había desaparecido.

* * *

—Ahora, vamos a regresar a la costa —habló Naomi, subiendo sobre su estómago bronceado y sus pechos enhiestos la cremallera de su verde traje de inmersión, ajustado a sus rotundas formas—. No conviene quedarse aquí más tiempo. Shapiro está a salvo en la boya, y pronto llegarán guardacostas y embarcaciones particulares, para investigar el accidente. Para entonces, debemos estar lejos, Wanda.

—Lo sé —la modelo publicitaria de Hollywood encasquetó sobre su cabello rojo el casquete negro de su traje de goma, y ajustó a la espalda el depósito de aire—. Estoy dispuesta, Naomi.

Esta última tomó la aparente radio-transistor y la introdujo en la bolsa playera que, una vez cerrada con doble cremallera, era un hermético depósito donde iban el rifle y demás elementos de muerte. Luego, las dos mujeres se encaminaron al agua, para sumergirse en ella.

Entonces apareció entre las rocas la forma azul del submarinista. Ambas se detuvieron en seco. Contemplaron asombradas la figura que chorreaba agua, emergiendo de entre las espumeantes olas.

—¡Cuidado! —gritó Naomi—. ¡Un testigo, Wanda! Ha que eliminarlo inmediatamente...

Wanda asintió, llevando la mano a su cintura. Naomi ya la imitaba. Ambas llevaban cuchillos en su funda de goma. Aparentemente, eran solo armas para cualquier lucha submarina, para arrancar mariscos y moluscos de las rocas del fondo. Pero, en realidad, eran dos armas arrojadizas de mortales efectos.

Las dos hembras asesinas, separándose entre sí para ofrecer menos blanco, desenfundaron los cuchillos, que sus manos enguantadas esgrimieron. Naomi alzó el suyo, para dispararlo con mortal precisión hacia el inesperado visitante.

El submarinista azul se había agazapado en guardia, como presintiendo el doble ataque de que iba a ser objeto por parte de las dos hermosas asesinas.

Sabía que era una lucha a muerte, y si no pedía cuartel, tampoco venía dispuesto a darlo. Por ello, cuando en su mano derecha surgió la pistola de forma deportiva, al parecer solo útil para pesca submarina, no tiró a herir, sino a matar. Solamente así podía estar seguro Lee Garfield de que él no sería la víctima en aquel duelo.

El arma hizo dos impactos seguidos, al tiempo que su mano movía en abanico aquella pistola de aire comprimido y gran potencia. Los dos impactos fueron idénticos, como si los hiciera en un campo de entrenamiento, sobre blancos inanimados.

Naomi y Wanda recibieron los delgados dardos en su pecho. Cada uno de ellos, zumbón y punzante, perforó la goma del traje de inmersión, la prominencia del seno izquierdo, hasta llegar al corazón y clavarse en él, vibrátil.

Ambas gritaron roncamente. Sus manos carecieron de fuerza y precisión para atinar en el lanzamiento de los cuchillos. Estos, como centellas de acero, silbaron lejos de Garfield y terminaron mansamente su trayectoria en las aguas. Uno rebotó con un maullido sobre el verde limoso de una roca marina, antes de sumergirse.

Cuando Lee Garfield avanzó, dispuesto a lanzar más dardos de muerte, Naomi y Wanda se abatían en la arena, como dos hermosas diosas paganas, vencidas por un héroe mitológico, no previsto en los oráculos.

Lee se inclinó primero sobre Naomi. La arrancó el verde casco de goma y las gafas. Contempló su hermosura frígida, el amoratado paulatino que afeaba sus labios sensuales, al extenderse el activísimo veneno por la sangre, tras penetrar el dardo en el corazón.

Luego fue a Wanda Moore a quien descubrió, identificándola enseguida. Se irguió, con un suspiro. También su vecina, la hermosa y lasciva modelo de Hollywood, estaba muerta. Ahora sabía Garfield quién le inyectó el veneno al entrar en su domicilio de Pasadena.

Wanda Moore, la *pin-up* de curvas magníficas, había sido la trampa para un falso muerto. Ahora ya no era nada. Una ejecutora menos en las nóminas de la organización. Como Naomi Sutton, la platinada belleza inerte.

—Bien... —susurró Lee Garfield entre dientes, irguiéndose en la playa solitaria, mansamente lamida por las aguas, entre dos hermosos cadáveres de mujer—. Espero que esto sea el principio del fin...

* * *

—El principio del fin, ¿para quién, Lee?

—Para Héctor Mayo y su revolución dictatorial. Para la organización. Y, sobre todo, para los planes de conquista de los poderosos extremistas americanos que manejan la industria y las finanzas en beneficio suyo y sobre la sangre y los cadáveres de los demás.

Golda asintió en silencio. Miró abajo, desde su asiento, descubriendo solamente blancas nubes sobre el Pacífico y el litoral de Guatemala y Nicaragua. El *jet* de la KLM mantenía invariable su rumbo, sobrevolando las costas orientales de Centroamérica, en su vuelo hacia Tocumen, el aeropuerto internacional vecino a la capital de Panamá.

—¿Estás seguro de que esto va a resultar? —preguntó roncamente.

—Uno nunca puede estar seguro de nada en estas cosas —suspiró él, retrepándose en el confortable asiento del reactor holandés—. Solamente

confío en la suerte, en mí mismo... y en muy pocas cosas más, Golda.

Hablaban en voz baja. Ya antes, Lee había comprobado que no pudieran oírles sus vecinos de asiento, atrás y adelante. Dormían apaciblemente, sus identidades habían sido previamente investigadas por las autoridades federales en Los Ángeles, y parecían ser turistas inofensivos, sin nada sospechoso en sus actividades.

Difícilmente hubiera reconocido nadie a Lee Garfield ni a Golda Orwell, de haberlos visto en esos momentos a bordo del *jet* de la KLM que cubría las rutas aéreas del Caribe. Su aspecto físico distaba mucho de ser el habitual. El doble disfraz, práctico y sencillo, no había duda que era eficaz, siempre que no tuvieran ante sí a un auténtico experto en descubrir trucos de esa especie.

Golda lucía una peluca suavemente rubia, sus cejas y pestañas aparecían teñidas del mismo color, y sus verdes ojos, con unas lentillas de contacto adecuadas, tenían ahora un matiz marrón café, no tan sugestivo como su tono original. Las grandes gafas de cristales amarillos, el maquillaje diferente, ciertas falsas opulencias en su esbelta y bien moldeada figura, y un falso puente plástico, muy bien simulado, haciendo más recta y pronunciada su nariz, eran suficientes toques como para convertirla en una dama muy distinta. Los especialistas federales habían hecho con ella una obra maestra de la caracterización, únicamente superada por la que efectuaron en el propio Lee Garfield.

El agente del Gobierno ofrecía un aspecto diametralmente opuesto en muchos de sus rasgos, desde los abultados ojos, producto de lentillas de contacto de otro color, y unos molestos pero inofensivos aros plásticos bajo sus párpados, hasta la nariz achatada y ensanchada por unas gomas en sus fosas nasales, lo mismo que otras que deformaban su boca y sus mandíbulas, dándole aire de boxeador o de bulldog. El cabello corto, rapado, muy pelirrojo, como su bigote, la barbita ridícula y las cejas hábilmente pobladas con injertos de pelo artificial, era otro toque singular, que alteraba su físico notablemente. Todo ello, rematado con unas ropas anchas, deformes, arrugadas con hábiles rellenos que le daban aspecto de mayor gordura y cierta curva en su espalda, encorvándole, y unos grandes zapatos, que al dejar planos sus pies por medios ortopédicos, le daban un caminar torpe, lento y pesado.

Aquella extraña pareja, sin embargo, viajaba hacia Panamá con una misión concreta, peligrosísima y erizada de dificultades. Una misión que solamente Lee Garfield podía llevar a cabo, razón por la cual intentaron asesinarle y a punto estuvieron de lograrlo: Vence al futuro dictador Héctor Mayo, general centroamericano en el exilio, antes de que la revolución de su país fuese un hecho. Y, con él, se iniciara el gran riesgo de una tercera guerra mundial, bajo la amenaza pavorosa del peligro atómico.

Panamá, capital, era su punto de destino. Porque en Panamá, precisamente, se celebraba la Convención Panamericana, en el nuevo centro Bolívar, el gran palacio moderno, situado no lejos de la estatua del libertador.

Y allí sabía Lee Garfield que se encontraría Héctor Mayo, el general nefasto, el hombre protegido por los *minutemen* americanos y los grandes *trusts* ultraderechistas del país, en su afán neonazi de elevar al tiránico mayo a la presidencia de una nación centroamericana ahora en paz, y bajo un sistema de gobierno democrático y libre.

Héctor Mayo. El hombre-clave de un gran complot internacional. El pretexto para un golpe de proyección insospechada. El líder de una acción manejada desde la sombra, con todos sus hilos en manos poderosas y desconocidas.

Héctor Mayo, a quien solamente él. Lee Garfield, podía identificar.

* * *

—¿Eso es cierto, Lee?

—¿La identificación del general Mayo? —Garfield asintió, ceñudo, entornando los ojos—. Sí, Golda. Únicamente yo puedo identificar a ese hombre en Panamá. Sabemos que está allí bajo nombre supuesto, con una identidad que encubre la suya verdadera. Nadie podrá reconocerlo. Solamente yo. Esa es la razón auténtica de que intentaran asesinarme en Los Ángeles, ¿entiendes?

—No, no puedo entenderlo, Lee. Héctor Mayo era un hombre popular en su país. Iba a ser ajusticiado por corrupción y abuso en el poder, cuando el Gobierno de allí cambió. Pero pudo evadirse del país y esperar su ocasión en el extranjero. Sin embargo, su efigie es harto conocida en Centro y Sudamérica. ¿Cómo no van a identificarlo, apenas le vean, por cambiado que esté en estos años de exilio?

—Eso tiene una fácil explicación, Golda —sonrió cansadamente Lee—. Todo tiene siempre su explicación, a fin de cuentas... Como lo tuvo que yo fuese envenenado cuando aparentaba estar muerto. Ahora sabemos que Wanda Moore, mi bella vecina, trabajaba como ejecutora para la organización. Como sabemos que Shapiro fue obligado, con amenazas, a colaborar en el plan para asesinarte, allá en las islas de Santa Bárbara...

—Rubee Shapiro —meditó Golda, frunciendo el ceño—. ¿Qué le ocurrirá ahora?

—No lo sé. Supongo que el Gobierno controlará vuestra empresa, para impedir que él haga algo perjudicial e irremediable. De ese modo, perdida la esperanza de contar con los barcos de Orwell para sus fines, la organización y quienes la pagan, tendrán que buscar otros medios. Eso, de momento, nos permite ganar tiempo. Shapiro será retenido, como sospechoso de complicidad en un intento de homicidio, durante algunos

días, no muchos. Sus abogados exigirán su libertad Condicional o su procesamiento. Pero lo que interesa ahora es ganar tiempo. La organización está desorientada, y sus clientes, los que la contrataron para ese fin, tal vez exijan acciones urgentes que compensen del fracaso sufrido, todo ello va a nuestro favor, Golda.

—¿Es tan importante Héctor Mayo como todo eso?

—Es la base del golpe proyectado. No resulta fácil hallar una persona tan identificada ideológica y mentalmente con los grupos extremistas de las finanzas y la industria, o con los *minutemen* de nuestro país. Héctor Mayo, para ellos, es un símbolo de ese mismo poder que ya una vez fracasó en el mundo, frente a los hombres libres unidos contra él. Si algo le sucediera a Mayo, les costaría posiblemente décadas enteras hallar otra persona idónea. Mayo es su gran baza, su mito totalitario y dictatorial. Además, ese hombre es un belicista fervoroso, un fanático de la guerra, de la milicia y de cuanto signifique violencia. Los halcones de nuestro país verían felizmente su triunfo. Y, por desgracia, un halcón fue siempre mucho más poderoso y cruel que una paloma...

—Entiendo todo eso, Lee. Pero volvemos al punto misterioso, al que no me has aclarado todavía. Mayo es famoso, es temido, es odiado... Y se conoce muy bien su rostro. Cualquiera puede identificarlo, esté donde esté. ¿Por qué, entonces, afirmas que tú tan solo eres capaz de saber quién es en la actualidad, bajo qué falsa personalidad se escuda ese hombre?

Lee Garfield se mantuvo callado unos momentos. El zumbido del *jet*, sobrevolando Centroamérica, era un sonido monocorde e irritante. Núcleos de blancas nubes pasaban ante las ventanillas del aparato a reacción de la KLM, en su ruta hacia el sur.

Finalmente, Lee declaró:

—El general Héctor Mayo sabía que peligraba su vida fuera de su país, porque muchos de los que le odiaban, por haber visto morir a sus familiares y amigos en cárceles, campos de concentración o paredones de fusilamiento durante su mandato, exiliados del terror en otros países extranjeros, hubieran dado gustosos su vida por tomarse cumplida venganza en el dictador. Mayo es cruel, ambicioso, pero inteligente. Y tomó sus medidas. Cambió su aspecto físico, su rostro. Adoptó una nueva personalidad, en Río de Janeiro, en manos de un gran cirujano especializado en plástica facial: el doctor Duarte D'Acosta.

—Un nuevo rostro... —musitó Golda—. ¿Es eso, Lee?

—Sí, es eso.

—Pero entonces... ¿cómo puedes tú reconocerlo ahora?

—Muy sencillo, Golda. Casualmente, yo fui la única persona que le vio después de ser operado en Río, y pude ver su nuevo rostro. ¿Entiendes ahora?

CAPÍTULO VI

—Era el único que me conocía, Blore. Eso me da una seguridad absoluta ahora, ¿no es cierto?

Milton Blore, miembro activo de los *minutemen*, o grupo de hombres de acción de la extrema derecha norteamericana, se encogió de hombros, pensativo. Poseía un rostro hermético, duro, rígido, como tallado en acero, incapaz de revelar la menor emoción humana, fuera cual fuese la situación.

Entrenado con los boinas verdes, los famosos supersoldados cuyas facultades casi sobrehumanas se habían demostrado tantas veces en los cuerpos de choque más arriesgados de la campaña vietnamita, Milton Blore era hombre que dominaba cualquier forma de combate, con armas o cuerpo a cuerpo. Su figura era como un manojo formidable de nervios, músculos y huesos perfectamente dotados y ejercitados para salir indemne de los peores trances. Indiferente a todo, insensible, desconociendo el significado de palabras como «compasión», «piedad» o «ternura», Blore era una especie de robot humano, muy útil a las filas duras, aceradas y crueles de los tristemente célebres *minutemen* puestos al servicio de ciertos sectores políticos y financieros del país, luchando contra toda idea de democracia, pacifismo, liberalidad, coexistencia pacífica, tolerancia, integración racial, y cuanto significase algo humano y entrañable en los afanes de los pueblos libres del mundo.

Martín Blore era uno de esos hombres. Un supersoldado, un superhombre casi, pero un infraser, en cuanto a sensibilidad, emotividad o comprensión.

Y Milton Blore era el hombre encargado por aquellas activas fuerzas ocultas del país americano de proteger, cuidar y guardar las espaldas de su mito viviente, el ser que había de darles la oportunidad de encender la violencia y la guerra en el continente americano: el general Héctor Mayo, bajo su nueva identidad.

Ante el silencio de su formidable guardaespaldas, el general Mayo reveló cierta inquietud momentánea, apenas traslucida en el centelleo inseguro de sus ojos, pero nada demostrada en el hermetismo de aquel nuevo rostro, tan diferente al suyo original, que fuese obra del doctor Duarte D'Acosta, allá en Río de Janeiro.

—Solamente Lee Garfield conocía mi rostro, Blore —insistió—. Bueno, Garfield... y el doctor Duarte D'Acosta. Pero él no cuenta ya.

—Claro —rió fríamente el inmutable Blore—. Duarte D'Acosta tuvo

mala suerte en matarse con su coche, al doblar aquella curva, en Copacabana...

—Mala suerte y malos frenos y dirección, ¿no es cierto? —sonrió malévolamente el general Mayo.

—Bueno, eso nadie pudo comprobarlo luego, ni siquiera los técnicos. El coche quedó tan carbonizado que hubiera sido imposible saber si los frenos carecían de líquido y la dirección estaba medio rota cuando él inició su viaje...

Los dos hombres se contemplaron, en la apacible suntuosidad de Las Bóvedas Hotel, en los bellos jardines asomados al mar, de ese mismo nombre, frente a la bahía de Panamá. En su expresión helada, hubo una mutua chispa de astucia y de ironía. Ambos sabían bien por qué murió el eminente cirujano de plástica facial doctor Enrique Duarte D'Acosta. Junto con Lee Garfield, el agente del contraespionaje americano, era el único hombre capaz de revelar alguna vez cuál era el nuevo rostro del general Héctor Mayo.

—Ahora me refería a Garfield —murmuró el dictador centroamericano en el exilio—. El federal tuvo la maldita fortuna de verme después de ser operado. Desde entonces, hasta que supe su muerte definitiva en Los Ángeles, no he descansado tranquilo, Blore.

El *minuteman*, de aceradas facciones, no hizo comentario alguno. Se limitó a cruzar los fuertes dedos de sus manos, haciéndolos crujir desagradablemente. Eran dedos nervudos, con tendones como cables de acero, con nudillos duros y poderosos. Las manos, mostraban en sus bordes la callosidad inconfundible del hombre que domina la mortal ciencia del karate.

—Estaría más seguro de su muerte si yo le hubiera roto personalmente las vértebras a ese federal —mascullo Blore ásperamente. Encajó sus mandíbulas, férrea su expresión—. De todos modos, espero de veras que eso tipos de la organización hayan sabido hacer las cosas.

—Saben hacerlas —suspiró mayo—. Solamente tuvieran un fracaso hasta ahora: Golda Orwell, la esposa de Lyman Orwell. Eso nos ha costado perder la posibilidad de utilizar los barcos mercantes de su empresa. Pero estamos buscando otro procedimiento de urgencia.

—Y entretanto...

—Entretanto, seguiremos aquí, en Panamá, Blore. Asistiendo a esa Convención Panamericana con nuestra falsa identidad actual. Sin posibilidad de que mi rostro sea reconocido como el de Héctor Mayo, futuro jefe de Gobierno y dictador absoluto de mi país... —se irguió altivo, con castrense y fanática decisión, seguro de su triunfo, de su futuro poder absoluto—. Las personas que podrían identificarme han muerto. Nada hay que temer por ese lado, Blore.

El *minuteman* sacudió la cabeza, sobre su cuello musculoso y fuerte.

—No entiendo cómo pudo descubrir su nueva cara ese federal, Lee Garfield —masculló—. ¿Fue puramente casual?

—Casual por completo, sí —afirmó secamente Mayo, con gesto de contrariedad. Entornó sus ojos helados, calculadores y lúcidos—. Son de esas cosas que solamente suceden una vez de cada mil. De otro modo, Garfield no hubiera sido nunca un obstáculo en nuestros planes.

—Me gustaría saber cómo sucedió, general.

—Fue un accidente fortuito, realmente tonto, Blore —y añadió, pausada su voz—: El agente americano estaba en Río cumpliendo una misión relacionada precisamente conmigo y con mi anterior mandato en el país de donde fui expulsado por mis enemigos políticos... Yo convalecía de la intervención quirúrgica efectuada por el doctor Duarte D'Acosta, cuando ese condenado Garfield me descubrió.

—Sé algo del asunto, pero no todo. ¿Qué ocurrió realmente?

—Garfield había llegado a Río de Janeiro para investigar la muerte de varios ciudadanos norteamericanos en mi país —una mueca, que pretendía ser una sonrisa irónica, curvó los labios de Héctor Mayo—. Ellos le llamaron «una indigna matanza». Yo diría que no era sino el final justiciero de un puñado de locos defensores de la libertad mal entendida de mi pueblo... Pero dejemos esos matices, Blore. Lo cierto es que un pretendido patriota de mi país, moribundo tras ser herido por uno de mis leales en Río, logró ponerse, en contacto con los agentes norteamericanos, y Lee Garfield supo que yo me encontraba, secretamente, en Brasil. No sé cómo siguió mi pista. Garfield era muy astuto en su trabajo. Lo cierto es que dio con la clínica de Duarte, y estando allí en su investigación, el cirujano lo negó absolutamente todo. Sin embargo, Garfield no estaba satisfecho con ello, y pidió al Gobierno brasileño una autorización especial para investigar en la clínica. Se la concedieron. Y, desdichadamente, me sorprendió cuando salía de mi habitación, la 630, todavía medio vendado, convaleciendo de las cicatrices y heridas de mi rostro operado. Yo me oculté rápidamente, porque conocía a Garfield gracias a mis servicios de inteligencia, antes de ir al exilio. Él, sin embargo, me había visto ya. Duarte fingió, logró disimular lo mejor posible, aunque no engañó a Garfield. No obstante, este pareció aceptar sus explicaciones... para volver más tarde. Justamente tres días después... y cuando no hacía mucho que Duarte había encontrado la muerte en su desdichado «accidente» automovilístico en Copacabana.

—Garfield no podía saber, sin embargo, que usted era precisamente el paciente de la habitación 630...

—Lo supo. Tuvo la confirmación a sus sospechas en la segunda visita, muerto ya el doctor Duarte... porque yo había desaparecido para entonces de la clínica, y la 630 estaba vacía. Registrado allí como un tal Arturo Maldonado, Garfield no se dejó engañar, y pidió al Gobierno brasileño

datos de ese supuesto personaje. Pronto comprendieron que era una falsa identidad, y yo tenía que ser, forzosamente, el que la utilizó. A partir de ahí, Lee Garfield contaba ya con su gran ventaja: conocer casi totalmente mis nuevas facciones, obra del bisturí del doctor Duarte. Apenas me viese, me identificaría sin lugar a dudas.

—Y por eso tenía que morir.

—Exacto. Por eso murió.

—Bien... —suspiró Blore apaciblemente—. Ahora, nada hay que temer.

—Nada —confirmó el general, satisfecho. Una sonrisa triunfal estiró sus crueles labios lentamente—. Panamá está ahora llena de agentes enemigos, pese a todo. Ellos me buscan. Indagan el paradero del general Héctor Mayo, porque saben que estoy aquí, aunque ignoren totalmente mi identidad actual. Y todo, porque alguien de mi partido fue demasiado débil, demasiado cobarde, y confesó datos que les hicieron saber de mi paradero actual.

—Sin embargo, Panamá es una ciudad grande y populosa —dijo Blore—. Y la convención ha llenado esto de ciudadanos de todos los países de Centro y Sudamérica. No es difícil pasar inadvertido entre todos ellos, ¿no es cierto, general?

—Muy cierto —rio entre dientes Mayo—. No viviendo Lee Garfield... no existe peligro alguno para mí, mi estimado Blore.

* * *

—Ahora lo entiendo todo, Lee. Contigo en la tumba, no hay peligro para Héctor Mayo, el dictador.

—Así es. Supongo que es lo que ellos estarán pensando ahora —Lee suspiró, contemplando las nubes, el azul del cielo, el más profundo y lejano del mar, el litoral de Costa Rica, muy cerca ya del territorio panameño.

—¿Crees que recordarás sin posible error aquellas facciones apenas vislumbradas un instante en un corredor del sanatorio del doctor Duarte?

—Estoy seguro —afirmó pensativo Lee—. No tengo una imagen clara, algo que pueda describir a nadie. Se intentó ya, y el retrato-robot obtenido por los especialistas federales, en poco o nada podía ayudarnos. No, Golda. Es una visión directa, personal, lo que necesito ahora para llegar a una seguridad absoluta. Sé que, apenas le vea, sabré que es el mismo hombre.

—¿Es seguro que esté ahora en Panamá?

—Completamente seguro. Un miembro de su propio partido político, capturado cuando intentaba sabotear unas instalaciones militares de su país, confesó algunas cosas. Era un cobarde, y no soportó un largo y duro interrogatorio. Sabía positivamente que su amo, el dictador Mayo, estaría en Panamá esta quincena de la convención, porque allí precisamente está acordado reunirse con altos miembros de la ultraderecha americana, y con

los dirigentes de la organización, antes de iniciar la última etapa del golpe de Estado en el país de Héctor Mayo.

—¿Dónde tendrá lugar esa reunión?

—El informante no lo sabía. Deducimos que en algún hotel o residencia, fuera de la capital panameña. La convención tiene efecto en el palacio Bolívar, sede de muchas reuniones internacionales. Allí, confundido con muchos visitantes, observadores y miembros de la propia convención, estará Héctor Mayo con su nuevo rostro.

—Pensando en su impunidad... hasta que tú le tengas frente a ti.

—Sí, Golda. Hasta que yo le tenga frente a mí...

Lee inclinó la cabeza, pensativo. Contemplaba el exterior por la ventanilla del *jet*. El final del viaje aéreo estaba próximo ya. Se acercaban a Panamá. Abajo, la forma inconfundible de la península de Osa, en los límites meridionales de Costa Rica, se extendía ya sobre el azul océano, permitiendo descubrir en la distancia, entre una neblina de calor y bochorno, el saliente rocoso de Punta Burica, tras el cual abría su arco azul el golfo de Chiriquí, ya en tierras panameñas, con la gran península de Azuero interponiéndose en la visión del canal y su zona y, por ende, de la capital del país, la bella ciudad que Morgan, el pirata, saqueara en 1671, y sobre cuyas ruinas se levanta la moderna capital panameña, con su mezcla de hispana arquitectura y actuales edificios comerciales, altos y rectilíneos.

Panamá estaba cerca. En ella, posiblemente, nuevos peligros. La victoria o el fracaso de una extraña misión, iniciada con la muerte de un agente secreto en Los Ángeles.

Golda habló entonces de otro tema, acaso como relajando los nervios de Lee y los suyos propios, o tal vez porque el mismo curso de los acontecimientos habían marginado uno de los factores vitales del caso, dejándolo atrás, como si no tuviera trascendencia humana. Y ciertamente que la tenía...

—Lee, ¿qué hay sobre Donna, tu esposa? —musitó ella inesperadamente.

Garfield se sobresaltó ligeramente. Irguió la cabeza. Separó sus ojos de la ventanilla y del paisaje aéreo. Los clavó en Golda. Se encogió de hombros, en forma muy leve.

—Nada —murmuró—. ¿Qué ha de haber?

—Lee, ella ignora aún que tú... existes.

—Sí. Lo ignora.

—¿Por qué, Lee? No es humano. Es tu mujer. Supongo que la amas...

—La quiero, sí —afirmó despacio Lee—. Y ella a mí, estoy seguro.

—¿Entonces...? Sería justo que si yo conozco la verdad, ella también la supiera.

—Es la señora Garfield. Ella no fingiría el dolor tan perfectamente como ahora en que no necesita fingir, en que me cree muerto. Los que la

espían están tranquilos, seguros—.

—¿No ha caído la persona vecina que podía espiarla? Wanda Moore, la modelo, murió en el islote, como Naomi la ejecutora de la organización.

—Aun así, Golda. Donna debe seguir sufriendo, por penoso y duro que ello resulte. Soy el primero en lamentarlo, en sentirme torturado por ello. Donna puede seguir siendo vigilada. Tengo el presentimiento de que Wanda Moore no trabajaba sola en Pasadena. Tenía que haber alguien más, no sé quién. Es una corazonada, puro instinto. Puedo estar equivocado, pero vale más así. Algún día, cuando todo esto haya terminado, Donna sabrá la verdad. Entretanto, solamente puedo confiar en una persona; tú, Golda. También eres mujer.

—Pero no soy tu mujer —suspiró ella, inclinando la cabeza—. Me hubiera gustado serlo. Solo que elegiste a Donna. Y yo terminé casándome con Lyman Orwell, aunque solo fuese su esposa unas pocas horas... Así de extraño es el destino de las personas. Lee.

—Sí, muy extraño —convino él lentamente. Volvió a mirar, evasivo, por la ventanilla—. Mira. Ya perdemos altura. Estamos volando sobre Panamá...

* * *

El trayecto hasta el palacio Bolívar, modernísimo pabellón internacional levantado en las inmediaciones de la plaza de Bolívar y el palacio presidencial de Panamá, era un espectáculo fascinante y paradójico en su propia variedad. Junto a las estrechas calles, las grandes plazas, los edificios de piedra, con balcones y patios, los bulevares de alegres cafés y terrazas, los jardines y las tiendas de *souvenirs* variados y multicolores, el cosmopolita modernismo de los altos edificios de reciente construcción, las avenidas repletas de tráfico, las oficinas y empresas de nombre extranjero, formaban un conglomerado variado y sorprendente. Al lado de los rascacielos actuales, las viejas catedrales, como San Francisco, San José y Santo Domingo; junto a los grandes aparcamientos para los suntuosos automóviles de modelo norteamericano, los viejos mercados nativos, o los jardines rodeados de muros hispanos, como residuos de una ciudad de Panamá donde aún flotase el recuerdo de las crueldades de Morgan y sus corsarios, más de tres siglos después...

El palacio Bolívar, o Centro Internacional de Convenciones, era una estructura rectangular, de aluminio, vidrio y cemento, que recordaba levemente la gran «caja de fósforos» de las Naciones Unidas, al borde del East River. Banderas de todos los países ondeaban al aire cálido y húmedo de la ciudad, festoneando los jardines en derredor. Y grandes carteles y pancartas señalaban el actual acontecimiento que tenía su sede en el moderno centro internacional:

Convención panamericana para el progreso social y la cooperación cultural y económica de las Américas.

El automóvil de alquiler se detuvo frente a los parterres y banderas del edificio moderno. Lee Garfield y Golda Orwell descendieron del vehículo, como cualquier turista o curioso de los que hormigueaban en torno al edificio de la convención. De sus hombros colgaban las cámaras tomavistas, y en sus manos llevaban guías ilustradas de la ciudad. Nada especial, por tanto, podía diferenciarlos de los demás.

Avanzaron hacia el recinto de asambleas internacionales, tras cambiar una breve mirada significativa. Aunque no lo pareciese, ambos estaban en guardia. Apenas Lee diese una leve indicación, Golda haría funcionar su cámara de filmación en color, dotada de un especialísimo objetivo de gran sensibilidad luminosa y largo alcance y rapidez en su zoom, para filmar a quien pudiera parecerse lo más mínimo al hombre entrevistado en una clínica de cirugía facial, allá en Río de Janeiro, algún tiempo atrás...

Sabían que no iba a ser obra de una hora o de un día. Pero Lee Garfield confiaba en que Héctor Mayo, el siniestro líder político que ambicionaba de nuevo el poder en su país y la influencia agresiva en sus vecinos centroamericanos, apoyado por los halcones más implacables y ávidos de los Estados Unidos, terminase por ponerse ante los objetivos de su tomavistas.

Su instinto, agudizado en tantas y tantas misiones difíciles y peligrosas, le decía que así iba a suceder. Tal vez se equivocase. Pero no lo creía.

Y no se equivocó.

Aquella noche, Lee Garfield encontró a Héctor Mayo frente a frente.

CAPÍTULO VII

—Un total fracaso, ¿no, Lee? —suspiró Golda, caminando junto a la amplia piscina iluminada, de aguas azul-verdosas, del lujoso hotel Las Bóvedas, situado en los bellísimos jardines panameños del mismo nombre, asomados a la bahía.

Lee Garfield no respondió en principio. Caminaba también junto a ella, por el borde de la amplia piscina luminosa, límpida y fresca, como una invitación a los clientes del hotel, del bar y del restaurante, que rodeaban la pileta en las mesas extendidas sobre los polícromos baldosines que formaban un amplio óvalo alrededor de las aguas.

Numerosos comensales, o simplemente huéspedes del hotel Las Bóvedas, sentados bajo el fresco aire marino de la noche, frente al paradisíaco panorama del litoral y el mar, iluminados por los astros y la luna creciente del cielo ecuatorial, se lanzaban a las aguas, con sus pantalones «bermudas» de brillantes estampados, o sus bañadores livianos, que si en los hombres se reducían a un simple slip de vivo color, en las esculturales damas era solamente una doble piececilla minúscula, casi ridícula, comparada con las ampulósidades físicas de sus cuerpos morenos, cimbreantes.

Ir vestidos en aquel lugar hubiera sido llamar excesivamente la atención sobre sí. Garfield y Golda, con su aspecto nuevo bajo la alteración de su identidad, también lucían sus respectivos bañadores. Unos «bermudas» azules y blancos Lee, y un breve bikini blanco la figura arrogante y espléndida de la viuda de Orwell. Sus pies descalzos pisaban los baldosines mojados, en dirección al punto donde un amable camarero les había reservado su propia mesa. Algunas parejas bailaban en una pista circular no muy amplia, a los acordes de la música rítmica de una orquestina de seis músicos sudamericanos.

—Mañana volveremos al palacio Bolívar —musitó Garfield entre dientes, mientras dirigía a su alrededor miradas indiferentes en apariencia, pero realmente escudriñadoras, buscando también entre los numerosos clientes, en su mayoría extranjeros, turistas o miembros de la convención, cualquier posible rastro milagroso de la presencia de Héctor Mayo en la capital de Panamá.

Se acomodaron en la mesa elegida por el camarero. Lee dio a este una propina. Pidió dos combinados de brandy, muy fríos. Se acomodaron ambos, dejando en la mesa las cámaras tomavistas, de las que no se separaban en ningún momento.

—¿Algo esperanzador? —murmuró ella en voz baja, estudiando a su alrededor a la numerosa concurrencia.

—Nada —masculló Lee. Le ofreció un cigarrillo y él tomó otro, encendiendo ambos con un nuevo encendedor de oro de falsas iniciales. Cuidaba incluso el detalle de no fumar la misma marca de cigarrillos que siempre consumiera, sino una inglesa, poco frecuente, de dorado filtro—. Era demasiado esperar que todo saliera bien enseguida, ¿no crees?

—Pienso lo mismo. Panamá tiene cuatrocientos mil habitantes, más unos cien mil turistas y visitantes como mínimo. Hallar a un hombre entre medio millón de seres, es peor que la famosa aguja en el tradicional pajar, Lee.

—Lo sé. Pero nuestro hombre no puede dejar de frecuentar ciertos lugares: el palacio Bolívar, donde se discuten asuntos de gran interés para su futuro político, los hoteles y centros de lujo, donde acuden los turistas ricos... Es un hombre habituado al lujo, escapó de su país llevándose una fortuna robada a las arcas del tesoro nacional, como tantos otros líderes políticos en el exilio... Es la eterna historia, Golda. No, ese hombre no lo verás en ningún sitio miserable ni ruin. Y menos ahora, en que piensa en su impunidad... Asesinado el cirujano que cambió su rostro, y eliminado el federal Lee Garfield, nadie en el mundo puede identificarlo, y él, lo sabe. Su propia confianza le hará tener una gran seguridad en sí mismo, dejarse ver sin disimulo ni recato.

—Tal vez haya vuelto a operar su rostro...

—No, Golda, no es tan sencillo. Un hombre que sufre una intervención tan importante de cirugía plástica como para cambiar totalmente su faz primitiva, no puede ser operado de nuevo. Y, aunque lo fuese, ya las alteraciones faciales serían mínimas... y yo le conocería.

Dejó de hablar. A su lado, un hombre alto, vestido de blanco, acompañado de una bella dama rubia, protestaba al camarero, insistiendo en ocupar la mesa inmediata a Garfield y Golda.

—Lo lamento, señor Cárdenas —decía el camarero, atribulado—. Esta mesa no, se lo ruego.

—Es la que me gusta —protestaba el otro, en su perfecto inglés de suave acento latinoamericano—. Y yo soy cliente de este hotel, de este restaurante. Soy el más antiguo y mejor cliente... ¡y usted pone dificultades a que ocupe la mesa que más me gusta! Es intolerable e indignante. Protestaré a la dirección, nunca más volveré a este hotel, esté seguro de ello...

—Por favor, señor Cárdenas, tenga usted en cuenta que esta mesa está reservada de antemano, que una persona importante, como lo es el señor Leónidas Calvados, de la agencia Iberoamericana de Noticias, enviado especial a Panamá con motivo de la Convención Internacional, tiene esta noche encargada su cena especial, con varios miembros de la convención,

sidoamente en esta mesa. Y que ha justo orden de la propia dirección del hotel guardar al señor Calvados y sus amigos esta mesa y no ninguna otra. Pero puedo proporcionarle, naturalmente, otra mesa en aquella zona, junto a la orquestina, señor Cárdenas, y...

—¡No quiero su mesa ni ninguna otra! —rechazó rotundo el hombre del traje blanco—. Está decidido. No volveré más a este establecimiento, puede informar así a sus jefes.

Tomó airadamente de un brazo a la dama elegante y atractiva que le acompañaba, y se alejó con altivez del lugar, pese a las protestas plañideras del camarero. Golda, observando el interés de Lee por el incidente, había puesto su mano encima de la cámara tomavistas.

Garfield se volvió. Negó con la cabeza.

—No, Golda —dijo—. Tenía cierto parecido ese hombre... pero no era él.

—¿Seguro?

—Seguro —suspiró Lee, pensativo. Les sirvieron sus combinados. Bebieron en silencio. Luego, tras una larga pausa, Lee contempló el azul espejeante de la piscina. Sonrió a la joven—. ¿Nos chapuzamos un poco?

—Conforme —asintió ella—. Iba a sugerírtelo. Espero que mi peluca...

—Descuida. Su adherencia es a prueba de agua. Y también el maquillaje especial que te hemos proporcionado. Nada va a suceder si nos lanzarnos a la piscina.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —rio ella, gozosa.

Cruzaron entre las mesas. Poco después, sus cuerpos hendían el agua iluminada, azul-verde, sumergiéndose en el fondo límpido; elástico y musculoso Garfield, esbelta y armoniosa Golda, como una náyade increíble.

La inmersión se repitió dos o tres veces. Cuando emergieron, poniendo sus mojados pies sobre las pequeñas baldosas, ambos reían jovialmente. Se tomaron de la mano, como una pareja de jóvenes enamorados, y regresaron con alegre carrera a su mesa. Otros imitaban ya su ejemplo, buscando un alivio a la noche ecuatorial en el frescor de las aguas transparentes, coloreadas y luminosas.

Llegaron a su mesa. En la vecina, la de la reciente polémica entre el caballero llamado Cárdenas y el camarero de aquel turno, había ahora hasta cinco personas, agrupadas en torno a unos Martini, mientras elegían el menú para cenar, en las amplias y decorativas cartas del establecimiento.

Todos ellos eran hombres. Cinco hombres que hablaban entre sí en inglés. Tres de ellos parecían norteamericanos y los otros dos eran del sur del continente, aunque su inglés fuese perfecto.

Golda sintió que su mano era apretada con tal fuerza, que le arrancó un leve gemido. Sorprendida, miró de soslayo a su compañero. Lee tenía las

facciones tensas, tirantes bajo el agua que corría por ella, chorreando de sus teñidos cabellos.

—¿Que...? —comenzó disimuladamente, al advertir que los cinco hombres dirigían hacia ellos una ojeada de indiferente curiosidad; curiosidad que, al centrarse en las formas de la joven, se convirtió en admiración o deseo.

Lee Garfield estaba contemplando a uno de los cinco hombres. Al que parecía presidir la mesa, y a quien uno de los yanquis se dirigió llamándole ahora «señor Calvados».

—Es él —musitó Garfield, sin mover siquiera los labios—. Es Héctor Mayo.

* * *

Los cuerpos se hundieron de nuevo en las aguas, chapoteando alegremente en la amplia piscina. Pero esta vez no permanecieron mucho tiempo en ella. Flotando sobre su superficie, Golda y Lee se dedicaron a filmar, con sus cámaras especiales, herméticas al agua, escenas de la bella terraza del hotel Las Bóvedas.

En realidad, estaban utilizando el zoom, captando con sus poderosos teleobjetivos las imágenes de aquella mesa distante, sin que sus ocupantes sospecharan lo más mínimo. Al salir de la piscina, chorreando agua, con sus cámaras en la mano, se encaminaron al edificio del hotel, en vez de regresar a la mesa, donde esperaban sus combinados, sus cigarrillos y el encendedor de oro, más las toallas de vivo colorido.

Una vez en el vestíbulo encristalado, Golda se volvió a Lee, perpleja.

—¿Estás seguro de no equivocarte? —preguntó.

—Completamente seguro —afirmó el federal—. Es Mayo. Es su rostro. Él no ha podido identificarme, pero yo a él sí. El que está a su lado, uno de los norteamericanos, también me es conocido. Se trata de Milton Blore, un *minuteman* al servicio de cierta organización extremista de nuestro país. Un tipo peligroso, un asesino nato. Los demás, deben ser miembros de la organización y de la extrema derecha americana.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Lee? Las imágenes que hemos captado de esos cinco hombres son excelentes...

—Te vas a poner inmediatamente en contacto con un enlace nuestro en Panamá. Él vendrá a recoger la película, para hacer el revelado y enviar copias ampliadas a Washington. Eso servirá para identificar ya definitivamente a Mayo, y los agentes de su país se ocuparán de él.

—¿Y tú, Lee?

—Vigilaré a Mayo entretanto. Si sale de aquí, del hotel, le seguiré hasta donde vaya. No vamos a dejar escapar esta ocasión fácilmente, Golda. Solamente si algo me sucede a mí; entonces tú te ocuparás de que al menos sea conocido el rostro actual del dictador.

—Puede ser peligroso ese juego...

—A estas alturas, todo es peligroso, Golda. Pero no podemos volvernos ya atrás. En esta ciudad se juega el destino no solo del continente americano, sino posiblemente del mundo entero, a muy corto plazo. Una vida, aunque sea la propia, importa poco, cuando son millones de ellas las que están en la balanza.

—Sí, Lee —afirmó ella, rotunda—. Creo que tienes razón. ¿Cómo me pongo en contacto con ese enlace de Washington en Panamá?

—Sube a mi habitación. Encontrarás entre mis pertenencias, en el fondo doble de mi maletín, un emisor-receptor portátil transistorizado. Extrae la antena telescópica y sintoniza el dial entre las cifras 50 y 150, justamente sobre la línea central de la esfera graduada. Emite entonces un mensaje utilizando estas cifras y letras clave —las escribió rápidamente en una hoja de papel de un escritorio del hotel. Dobló el papel y lo metió en el minúsculo corpiño del bikini de Golda, junto a su palpitante seno izquierdo—. Informa de cuanto sucede. El enlace te responderá con las mismas cifras a la inversa. Responde tú entonces, repitiendo las cifras normalmente y a la inversa luego. Sabrá que no hay engaños. Te citará en alguna parte, con esa cámara y su filmación. Acude allí e infórmale de todo. No hay más. Ese emisor-receptor es de alcance limitado, pero nuestro enlace está dentro de su radio de acción, emitiendo desde el hotel, de modo que no te preocupes. ¿Entendido todo, Golda?

—Entendido, Lee. Y suerte...

—Gracias —sonrió él, regresando a la terraza—. La voy a necesitar...

* * *

Habían cenado rápidamente.

Cosa de cuarenta minutos después de regresar Garfield a su mesa, los cinco se pusieron en pie. Calvados pagó la cuenta, dejando de propina veinte balboas. Dada la paridad de la moneda nacional con el dólar americano, era una suntuosa propina aquella.

Se alejaron los cinco hombres, sin necesidad de adentrarse hacia el hotel. Tomaron la ruta de la bahía descendiendo las escaleras hacia los jardines de Las Bóvedas. Una hilera de tres automóviles último modelo, con matrícula panameña todos, aguardaban al pie de una amplia rotonda. Al fondo de la escena, la noche estrellada se contemplaba en las calmosas aguas de la bahía.

Lee Garfield no llamaba la atención, vestido con sus «bermudas», una liviana camisa estampada sin abotonar, y sus zapatillas de goma. Muchos nativos y turistas iban así en las cálidas noches ecuatoriales.

Observó que Calvados y el *minuteman* subían al primer automóvil. Dos de los norteamericanos al segundo coche, y el último sudamericano al tercero, en solitario. Pero un chófer uniformado, con rostro de indio

centroamericano, se acomodaba al volante.

Garfield hizo señas a un taxi cercano. Subió a él. Señaló a los tres coches.

—Si van en caravana, sígalos prudencialmente —indicó en español—. Si se dispersan, siga al primero, al de color azul, ¿entendió? Habrá para usted cincuenta balboas, si lo hace todo bien.

—Por ese dinero sigo hasta a un submarino, señor —dijo alegremente el panameño.

Emprendieron la marcha. Pronto observó la ruta de los tres automóviles unidos en caravana: la bahía. Y de la bahía, los embarcaderos del club náutico, donde se alineaban las lujosas embarcaciones, los yates y barcos de recreo propios de millonarios.

—No me sorprendería que tuviera que sumergirse, tal como ha dicho —rio Garfield entre dientes—. Creo que van a tomar alguna embarcación...

—Bueno, yo lo dije en broma —se quejó el taxista—. Espero que flote mi taxi...

Tenía sentido del humor aquel hombre. Lee hubiera querido conocerle en otras circunstancias. Ahora no sentía deseos de reír. Pronto dejó el taxi frente al bien iluminado club náutico, y tuvo que dar los cincuenta balboas al taxista, que se despidió de él ceremonioso, lamentando no disponer de flotadores ni sistemas de inmersión.

Lee entró en el recinto náutico, adonde solo tenían acceso los socios y los turistas extranjeros. A distancia, vio al quinteto llegar ante la pasarela que conducía a bordo del más amplio, costoso y bello yate de todo el embarcadero. Leyó su nombre en la blanca proa de la embarcación de placer:

Bonaparte.

Un yate con el apellido del emperador corso. Era penoso. Dejó que subieran todos a bordo. Tomó un whisky en el bar del club náutico, y adquirió una publicación de motonáutica en el inmediato puesto de cigarrillos y revistas. Hojeándola indiferente, se movió hacia el embarcadero. Lo pisó con aire apático, dio varias vueltas, y terminó deteniéndose a corta distancia del yate *Bonaparte*. Miró a ambos lados.

Todo estaba bien iluminado dentro del club y su comfortable embarcadero, pero no descubrió a nadie cerca. Tiró la publicación a una canoa a motor, y se deslizó por la cuerda que ligaba esta al embarcadero. Desde allí, suavemente, sin chapotear, se descolgó en el agua, no sin antes haber dejado su camisa estampada en la borda de la canoa.

Nadando sumergido en las transparentes aguas del embarcadero, alcanzó el blanco casco del *Bonaparte*. Era un yate largo, de generosa eslora y altas bordas. Difícil de escalar sin recursos. Lee, desnudo salvo en sus «bermudas», no poseía ahora recurso alguno para llegar a bordo.

A pesar de ello, lo intentó. El ancla era el mejor de los recursos, y lo

utilizó, escalando su cadena con la agilidad de un buceador hawaiano. Una vez al término del ancla, pudo aferrarse al ojo de buey de un camarote, auparse, poniendo sus pies en otro, y logrando, finalmente, alcanzar la borda, a la que se colgó desesperadamente, para no ir de nuevo al agua.

Cuando logró dejarse caer blandamente en la cubierta, entre un respiradero y una escalera de acceso al puente de proa, respiró con alivio, tomando aliento y recuperando fuerzas antes de proseguir. Se contempló en la penumbra sus manos desolladas, sangrantes por el esfuerzo.

A estas horas, Golda ya habría logrado entrevistarse con el enlace del Gobierno federal en Panamá, si todo había ido bien. Ellos no sabrían su paradero actual, pero sí estarían en situación de difundir el auténtico rostro de Héctor Mayo en los momentos presentes. Desenmascarar al dictador, era derrumbar sus planes de dominio y de poder. Nadie daría asilo político al general. Y sus enemigos mortales le habrían localizado, con lo que los días de Mayo estarían contados.

Garfield esperaba saber ahora más detalles del gran complot iniciado en los Estados Unidos por los grandes *trusts* industriales de determinada filiación política. Y por la organización, al servicio de aquellos nefastos intereses...

Posiblemente, a bordo del yate *Bonaparte*, estaba la clave de todo ello. Si era así, había valido la pena correr el riesgo.

Se incorporó, moviéndose agazapado, en dirección al puente de proa, donde había luces y se oían rumores de voces masculinas en animada conversación. El lenguaje utilizado era el inglés. Pero no todas las voces tenían acento sajón, ni mucho menos.

Garfield comenzó a subir sigilosamente la escalera, pegado a su barandilla. Las voces comenzaron a llegar, nítidas, a su oído:

—... Y ahora, caballeros, celebraremos la definitiva reunión con la asamblea suprema de nuestra organización —se expresaba una voz aflautada, aguda y femenil—. De esta convocatoria de hoy surgirán las directrices para un total acuerdo en las tareas a desarrollar inmediatamente. Sincronizado todo, no habrá fallos. Usted, general, y la organización que yo dirijo en su célula norteamericana, alcanzaremos cuanto nuestros mecenas y protectores de los Estados Unidos esperan.

—Pero falló lo del embarco de armas, especialmente las de cabeza nuclear —habló la fría voz del supuesto Calvados—. ¿Qué haremos sin ellas, Morningstar?

—Llegarán por otros medios —aseguró Napoleón Morningstar—. La organización ha encontrado el procedimiento para asegurar esos alijos de armas y municiones a su país, para los grupos sediciosos en formación, y para los invasores mercenarios ya dispuestos y entrenados. Su victoria total es cuestión de semanas, general mayo.

—Así lo espero, Morningstar. Yo y mis amigos de los Estados Unidos

vamos a pagarles muy bien sus servicios. Ya han cobrado mucho dinero. No nos defrauden.

—La organización jamás defrauda a sus clientes —rechazó Morningstar, despectivo. Luego, hubo un leve zumbido—. Un momento, caballeros. La radio funciona. Parece que hay noticias urgentes de nuestros enlaces en Panamá...

Hubo un silencio. Los zumbidos se repitieron, con los inconfundibles ruidos de interferencias y parásitos radiofónicos. Por fin, con voz alterada, Morningstar anunció:

—Caballeros, ocurre algo muy grave.

—¿Qué es ello? —interpeló la voz de Milton Blore, agresiva.

—Pregunte a su jefe, Blore. Él es responsable, sin duda.

—¿De qué se trata? —aulló mayo, sorprendido.

—Fue usted descubierto en el hotel Las Bóvedas, esta noche.

—¡Imposible! —gritó mayo—. ¡Nadie me conoce con mi nuevo rostro, Morningstar!

—Es falso. Un hombre le ha identificado esta noche en Panamá, por dejarse ver excesivamente. Creo que incluso ha obtenido películas de usted...

Lee Garfield, muy pálido, escuchaba sin respirar. No entendía lo que sucedía. ¿Cómo pudieron saber los de la organización...?

Las palabras que siguieron le dieron la clave. La inesperada, increíble clave.

—Es absurdo, Morningstar —seguía protestando el dictador—. Solamente Lee Garfield me hubiera reconocido... y él está muerto.

—Usted tuvo a Garfield esta noche ante sus mismas narices, y fue más tonto que él, general —habló alterado Napoleón Morningstar—. No supo usted reconocerle.

—¿Garfield? ¡Pero si no existe! Ustedes lo asesinaron, recuerde...

—Algo falló. No le asesinamos. Lee Garfield, caracterizado, estuvo en el hotel hoy. Le identificó, general. Posiblemente incluso le ha vigilado y seguido. Usted no se dio cuenta de ello, pero sí él, que estaba justamente en la mesa inmediata a la suya...

—¡Garfield! El hombre del «bermudas»... Iba con una chica rubia... ¡Pero no era él!

—Sí, era él. Un agente nuestro le identificó. Por el único medio que era posible identificarle, ciertamente... Lee Garfield tiene una pequeña cicatriz en su espalda, casi en el inicio de su nalga izquierda... Una cicatriz en forma de V, que se causó en su jardín al herirse con unas podaderas... poco antes del día en que fingió su muerte.

Lee se estremeció. Instintivamente, se llevó la mano a su espalda, tocó el punto donde la cicatriz formaba su débil V en la epidermis, junto a la cintura de sus «bermudas»... Aquel detalle le había identificado ante

alguien a quien no descubrió en la terraza del hotel...

Pero ese detalle insignificante muy pocas personas podían conocerlo. Solamente una persona en el mundo se hubiera dado cuenta de ello...

A sus espaldas hubo un chasquido. El de una pistola automática a la que se le quita el seguro. Antes de volverse en redondo, oyó la voz:

—Sí, Lee Garfield. Sé lo que estás pensando. Solo una persona podía saber eso... y esa persona soy yo. No me viste en el hotel, pero yo a ti sí... No te reconocí hasta ver tu cicatriz...

Garfield se volvió, lívido. Contempló con ojos helados la mano que esgrimía la pistola «Walter PP/K» que le encañonaba, prolongada por un cilindro silenciador.

Luego miró al rostro de la persona que le encañonaba.

—Supongo que ahora... ahora sí vas a matarme de verdad, ¿no es cierto, Donna? —preguntó, con voz roñes.

—Sí, cariño —afirmó, con fría sonrisa, Donna Garfield, su esposa.

EPÍLOGO

Donna Garfield. Mi esposa.

Era ella. Ella...

La contemplé. Creo que con dolor más que con ira. Con indignación más que con odio. Dolor por saber que era ella, precisamente ella. Por indignación por ser yo el principal responsable de esto, por no haber sospechado antes...

Ella, sin duda, leía fácilmente todo cuanto pasaba por mi mente. Siempre había sido lista. Muy lista. Ahora me daba más cuenta de ello que nunca. ¡Estúpido de mí...! Tuve la muerte en casa en todo momento, y no me llegué a enterar. Sospechaba de todo y de todos, menos de la mujer que tenía por misión asesinarme realmente.

Lo demás, todo ficticio, todo cortinas de humo. Incluso Wanda Moore, mi bella vecina, al servicio de la organización. Si hacía falta un sospechoso para la policía, allí estaba Wanda. Pero nunca Donna, la esposa amante, la viuda dolorida, la mujer de absoluta confianza. Nunca ella.

Y sin embargo era ella. Había sido ella.

—Lo siento, Lee —la oí decir fríamente—. No es agradable para ti, ¿verdad?

—No, no lo es —negué. Señalé arriba, al puente—. Ellos... Tú trabajas para ellos, ¿no es cierto?

—Hace años. Cuando me casé contigo, ya pertenecía a la organización. Por eso me hice novia tuya, por eso me casé...

—Entiendo. ¡Imbécil de mí! Toda la vida creyéndome el más listo, y era un necio completo. Un juguete, un pelele en tus manos. La organización necesitaba a un espía cerca de un agente especial de contraespionaje. La organización siempre utiliza mujeres. Son eficaces. Y poco sospechosas. Ejecutoras, espías, agentes... Tú eras solamente uno de esos agentes femeninos. El encargado de espiarme a mí, de averiguar cosas de mi departamento...

—Sí, Lee. Pero nunca fue una tarea fácil. Fuiste siempre tan hermético, tan callado en las cosas de tu trabajo... Yo no podía preguntar demasiado. Nunca debía de ser sospechosa de nada, Lee. Como tampoco lo fui cuando te inyecté el veneno. Nadie mejor que yo para hacerlo. Pero había otros para sospechar. Siempre había otros. La organización sabe hacer bien las cosas.

Hablábamos a medio tono. Aun así, arriba, en el puente, asomaban ya muchas cabezas. La gorda y grande del tipo de voz aflautada, aquel

Napoleón Morningstar, a quien yo nunca viese antes de ahora. Y el general Mayo, y Blore, y los demás...

Su alarma inicial se trocó en alivio al reconocer a mi interlocutora, arma en mano.

—Donna... —habló la atiplada vocecilla del gordinflón—. Te imaginaba en la ciudad...

—Seguí a Garfield hasta aquí —murmuró ella secamente—. Vi cómo iba en pos de Mayo y sus acompañantes. Uno de nuestros agentes recibió mi llamada, informándole hace poco, Napoleón.

—De modo que ese es Lee Garfield... —Blore me contempló, huraño, cruel—. Me gustaría que lo dejaran a mi cuidado. Seguro que nunca más «resucitaba»...

—Es posible que lo haga —rio Napoleón—. Bravo, Donna. Cazaste una presa que se nos escapó varias veces. Eso nos compensa de tu fracaso.

—Yo no podía saber que él vivía. Me engañaron, como a todos —manifestó Donna fríamente—. Es evidente que Pyle, el jefe de Lee, no se fio de nadie. Ni de mí...

—Hizo muy bien —mascullé irritado—. Yo debí hacer igual. ¡Y pensar que llegué a creer que me querías, que eras una buena esposa y sufrirías ahora el dolor de mi pérdida...!

—Soy una buena actriz, Lee. Y no es difícil fingir amor a un hombre atractivo como tú. Aunque veo que no perdiste tu tiempo. Aquella chica del hotel, la que iba contigo... Espero que nuestros hombres hayan terminado ya con ella.

—Si haces daño a Golda, juro que...

—¿Golda? —se sorprendió Donna Garfield—. Vaya... Golda Darrell, la viuda Orwell... Tu amiga de Los Ángeles. Pareces sentir mucho aprecio por ella, ¿no es cierto, querido?

—Ella, al menos, es leal —encajé las mandíbulas, contemplando con fría ira a mi esposa, a los demás personajes de aquella melodramática situación a bordo de un yate de lujo que resultaba ser el cuartel general de los miembros de la organización—. Espero que no le haya ocurrido nada grave, Donna.

—Aunque así haya sido, Lee, no puedes hacer nada por tomarte la revancha. Jugaste tu baza, y perdiste. Héctor Mayo debe llegar a dictador otra vez. La organización trabaja por ello, y debemos cumplir la tarea lo mejor posible. Lo lamento por ti, cariño. Pero a fin de cuentas, estás oficialmente muerto. Matar a un cadáver, no resultará particularmente doloroso para nadie...

Miré el arma automática. Miré a Morningstar, que sonreía como un siniestro buda burlón y por último a Milton Blore, con su poderoso aspecto de máquina de matar, con sus manos alzadas, mostrando el filo nervudo y calloso de ambas, capaces de quebrar vértebras y huesos, con esa tremenda

sencillez de los expertos en karate.

Cualquiera de ellos podía asesinarne impunemente a bordo del yate anclado en el club náutico de Panamá. Cualquiera era un asesino sin piedad, frío e inexorable. Y lo iban a hacer. Lo harían ahora mismo, sin esperar ya a más.

Era una trampa.

Una trampa de muerte para mí. Pero yo estaba muerto. Y, por tanto, era la definitiva trampa para un muerto. Solo que, esta vez, no había escapatoria posible.

Esta vez, todos los triunfos los tenían ellos. Yo no podía hacer nada. Nada, excepto morir...

—Preferiría que lo hiciera otro —dijo de repente Donna, con suavidad—. No soy sentimental, pero será mejor así, Napoleón.

—Conforme —aceptó Morningstar, melifluo. Cambió una mirada con mayo—. ¿Qué le parece, general?

Héctor Mayo me estudió cruelmente. Se encogió de hombros. Luego, señaló a Blore.

—Que lo haga él —dijo—. Es un experto.

Blore asintió, radiante. Luego, el *minuteman* avanzó hacia mí, sus manos en alto. Su faz era una máscara maligna y despiadada. El golpe mortal caería sobre mi nuca o mi garganta en cualquier momento.

Si intentaba defenderme o escapar, me clavarían una bala en la cabeza.

Esas eran mis alternativas. Ni una más.

* * *

La voz pareció llegar con la brisa salina del mar. Retumbó en mi cráneo repentinamente:

—¡Al suelo, Garfield!

Mis reflejos hicieron el resto. Me tiré de bruces, dando volteretas sobre mí mismo, de escalón en escalón, hacia la cubierta. Fue una consecuencia súbita y casi simultánea con el final de la frase que llegara por el aire, ampliada por algún megáfono eléctrico.

Los demás no supieron reaccionar tan ágil, tan vertiginosamente.

Y la tremenda ráfaga de ametralladora los barrió de forma espantosa. Los vi bailotear una danza macabra alucinante, mientras sus cuerpos se cubrían de rojas manchas, y la sangre burbujeaba, hirviendo encima de las ropas, en los boquetes abiertos en su carne.

Al gordo y fofo Napoleón Morningstar parecieron írselo por los boquetes de su cuerpo sangre y aire juntos, desinflándole grotescamente mientras se tambaleaba y terminaba con una trágica zambullida contra la cubierta. Por otro lado, Héctor Mayo, el hombre en cuyo poder político y militar confiaban los halcones nefastos de mi país, empezaba a ser una criba, virtualmente claveteado por las balas, contra el muro blanco del

yate. A su lado, sus colaboradores y esbirros saltaban, reventados en una orgía de sangre, en tanto no cesaba de tabletear infernalmente aquel alud de balas lanzado por varios fusiles ametralladores, asestados contra el yate desde el embarcadero.

Vi a Donna cuando era alcanzada por las balas y, pese a todo, no pude evitar una convulsión dolorosa. Creo que en ese momento la perdoné de todo, y sufrí un poco con su muerte porque, a fin de cuentas, ella fue mi compañera durante algunos meses, la mujer en quien deposité mi afecto, pensando que era compartido.

Nada fue cierto entonces, pero ella era mujer, había sido mi esposa y era bella y admirable. Además, no tuvo valor para matarme en el yate. Y, cuando menos, debía de dolerme su final, aunque resultara inevitable...

Al menos, las balas fueron piadosas con ella. Solamente dos proyectiles la alcanzaron en el cuerpo, atravesándola de lado a lado. La vi oscilar, soltó el arma, mirándome implorante, aturdida. Cuando comenzó a caer, la oí musitar:

—Lee, perdón... Perdón... por todo... querido...

Y vomitó sangre en el último escalón, quedándose inmóvil. Furioso, tendido en el suelo, contemplé ante mí, agazapado y cruel, al único ser que sobrevivía a la matanza. Él se lanzaba ya contra mí, abierta su mano mortífera, dispuesto a quebrarme el cuello de un solo golpe seco.

Milton Blore... Evité el impacto, con un giro desesperado de mi cuerpo. Blore, el *minuteman*, el activista ultra... En él simboliqué todo cuanto aborrecía en este momento. Y al sentir junto a mis dedos el frío acero, no vacilé lo más mínimo.

Cerré los dedos sobre una culata aún caliente por la mano de Donna, mi esposa. Alcé la «Walther PP/K», provista de silenciador. Blore venía ya sobre mí nuevamente, con un grito ronco, presto a descargar el mazazo de karate...

Disparé. Una, dos, tres veces...

Una sola hubiera bastado. Le volé el cráneo cuando se dirigía sobre mí. Paró en seco en el aire, se desplomó junto a mí, con un espasmo violento, y se quedó quieto.

Yo respiré hondo. La voz del megáfono volvió a mí, desde el embarcadero:

—¡No se mueva, Garfield! ¡Seguimos disparando contra esa gente! ¡No se mueva hasta nuevo aviso!

Y no me moví.

A veces, soy un chico muy obediente.

* * *

Melvin Pyle contempló las ampliaciones fotográficas. Luego, las dejó con un suspiro sobre la mesa. Miró aprobador a Golda Orwell.

—Perfectas —ponderó—. Es usted una excelente cámara, señora Orwell.

—Gracias —dijo Golda—. Afortunadamente, no hicieron falta esos fotogramas, inspector. El asunto ha terminado. Y el regreso del dictador ha pasado a ser un imposible.

—Por fortuna para su país, para el mundo... y para nosotros —resopló mi jefe. Ahora me contempló a mí, pensativo—. Es usted muy afortunado, Garfield. Nunca vi a nadie resistirse tanto a morir como usted.

—Usted lo dijo, inspector. Tengo suerte. Y gente que vela por mí —sonreí irónico—. Usted, las autoridades panameñas; un taxista, Golda...

—Por fortuna, nos protegían agentes del servicio secreto de Panamá —señaló Golda—. Y me salvaron a mí de caer en manos de la organización, con la cámara y la película. Al mismo tiempo, el taxista, preocupado, volvió al hotel e informó a un agente de policía de lo sucedido contigo en el club náutico. El agente actuó rápidamente, informando a sus jefes, y todo se coordinó con urgencia, al saber que Mayo estaba en ese yate, y tú ibas detrás de él. Naturalmente, nadie podía imaginar que Donna, tu mujer, hubiese venido a Panamá en un avión privado, y...

—Yo sí lo sospechaba —cortó Pyle—. Si proyecté ese juego de la muerte de Lee, e impedí que ella supiera nada, es porque ni de Donna Garfield podía fiarme. Hice muy bien en vigilarla y poner hombres tras sus pasos. Ellos me indicaron que iba al yate y, sincronizado eso con las acciones de la policía panameña, bastó para que acudiéramos al embarcadero y atacáramos el yate, antes de que Lee fuese asesinado. Lo que vimos con los binoculares nos probó que no había tiempo que perder. Por eso le avisamos con el megáfono, Lee.

—En suma; el caso terminó... —dije despacio, sacudiendo la cabeza—. Todos felices... excepto yo, que recobro mi vida normal, pero pierdo una esposa, un hogar...

—Lee, esa clase de esposa y de hogar no valían la pena —señaló Golda amargamente—. Ella era solamente una espía. Admito que sea doloroso, pero... debes olvidarlo cuanto antes.

—Olvidar... —musité—. Es fácil decirlo, Golda. Pero hacen falta muchas cosas para ello.

—Sí, Lee. Tiempo, entre otras.

—Tiempo... y otra mujer que venga a llenar el vacío.

—Lee, si yo sirviera para eso... —me miró dulce, tiernamente—. Si sirviera...

—Golda, sería maravilloso —suspiré—. Pero eres la viuda Orwell, una rica naviera. No puedo aspirar a tanto. No soy un cazadotes...

—Oh, no seas tonto. Eso era ridículo. Orwell quiso salvar su empresa... y a su país. Lo logró. Yo no tengo derecho a ser dueña de nada. Renuncié a ello.

—¿Qué dices?

—Es cierto —sonrió Pyle—. Renunció a ello, Lee. Su parte pasa al Gobierno, que administrará esa empresa. Los beneficios serán para obras benéficas de todo tipo. Es su deseo.

—Eso es diferente, Golda...

—Sí, es diferente. Lee, no te pido que olvides pronto, pero sí que olvides. Yo te ayudaré. Yo hubiera sido una buena esposa, pero aún puedo serlo...

La miré. Golda no quitaba sus ojos de mí.

—Aún puedes serlo —afirmé despacio—. Golda... empecemos con nuestra buena amistad...

—Sí, Lee.

—Empecemos así... y todo llegará un día, Golda.

—Claro, Lee —me tomó una mano y me la oprimió con fuerza—. Todo llegará un día...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España